SILVER KANE

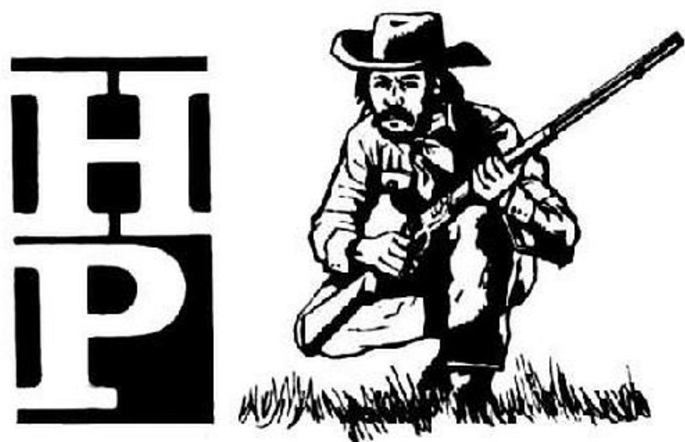
LA GRAN JUGADA

BOLSILIBROS
OESTE



BRUGUERA

HEROES de la pradera



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

LA GRAN JUGADA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 775
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

LA GRAN JUGADA

SILVER KANE

Colección HEROES DE LA PRADERA n.º 775
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGERA S. A.
BARCELONA- BOGOTA- BUENOS AIRES - CARACAS - MEXIXO

2.ºedición en esta colección en España: diciembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Brugera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 06006 Barcelona (España)

Impreso en España Print in Spain

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 34993-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152 km 21,650.
Parets del Vallés (Barcelona) 1955

CAPÍTULO PRIMERO

COMIENZA LA JUGADA

Sólo hacía un año que la guerra estaba concluida y los odios, los rencores y la muerte asolaban aún la tierra valerosa de Texas.

Las tropas de la Unión ocupaban buena parte del país, y los licenciados de la Confederación que regresaban a sus hogares hallaban estos destruidos u ocupados por el vencedor. Muchos de los que habían dejado a sus novias para partir hacia los campos de batalla, las encontraban ahora casadas con oficiales vestidos de azul, o se enteraban de que habían desaparecido un día, después de desgracias que nadie quería explicarles.

A pesar de la generosidad de los vencedores, a pesar de que, después de su triunfo, el Norte no consideró como un enemigo al Sur, sino cómo un hermano descarriado al que hay que ayudar, era imposible borrar de un golpe y en un solo año todo el rencor de casi un lustro de guerra, toda la desesperación de los vencidos y el ansia de revancha de los que habían visto destrozado su hogar o habían perdido a los seres amados. También era imposible, muchas veces, el evitar el pillaje de las tropas unionistas. Y por eso, Texas no era precisamente un paraíso cuando aquellos hombres comenzaron «la gran jugada».

En una casa situada en las afueras de la población, en Dallas, se reunieron cuatro individuos que vestían de vaquero y llevaban revólveres al cinto. Tenían el aspecto decidido y enérgico de los que están dispuestos a todo, pero sin que sus facciones reflejasen brutalidad. Sobre la mesa junto a la que se reunieron, había un plano, y daban la sensación de ingenieros o arquitectos que lo

estuvieran estudiando, a pesar de sus revólveres y sus cintos repletos de plomo. En la pequeña habitación donde estaban reunidos, con todas sus ventanas cerradas y sólo una puerta hacia la que dirigían de vez en cuando miradas recelosas, era imposible que nadie les molestase. El plano que tenían extendido en la mesa, bajo el cono de luz de una lámpara de petróleo, ocupaba toda su atención.

Uno de aquellos hombres era ya algo viejo para la tierra en que vivía. Tendría unos cincuenta años, su barba un poco descuidada, era gris, y en sus ojos también grises había una luz cansada y triste, como si aquel hombre esperara ya muy pocas cosas de la vida. Sólo cuando empezó a explicar detalladamente sobre el plano, sus ojos despidieron por un instante como unas chispas de vida y de ilusión.

Los otros tres hombres que había junto a él eran más jóvenes. Dos de ellos tendrían unos veintiocho años y el otro unos veinticuatro. La mirada de este último era infantil y un poco atolondrada, e iba del plano al rostro de sus amigos, y del rostro de sus amigos a la puerta, como si temiera que alguien los descubriese.

—Señores —dijo el más viejo de los cuatro, mientras su dedo índice recorría una zona del plano, bajo el cono de luz—, he aquí el lugar por dónde van a pasar esos hombres. Mañana, justamente, deberán encontrarse en este punto, que yo he señalado con una cruz. Es una de las zonas más desiertas de Texas, y reúne condiciones excelentes para una emboscada. Me agradaría que cada uno de ustedes llegara a tener en su cabeza este plano de tal modo, que al ver el terreno, tuviera la sensación de haber vivido siempre allí. Es necesario que nada falle por imprevisión, por descuido, por negligencia. Sepan que si uno solo de los hombres que han de pasar por aquí, llega con vida a Dallas, todo estará perdido, y nuestros planes ya no podrán continuar. ¿Tienen ustedes alguna dificultad, alguna duda?

—No, mi coronel —dijo el más joven.

Los otros dos —hombres secos, rudos, muy parecidos en sus facciones y carácter—, le miraron con cierta sorna.

—Tienes que cuadrarte al decir «mi coronel», Halloran. Tal como hablas, da la sensación de que no has visto unos galones ni unos entorchados en toda tu vida.

—Mi coronel —dijo el joven, cuadrándose rígidamente.

—Así está bien —susurró el de la barba gris—. Teniente Lambert…

—Diga, señor.

SI así llamado se cuadró con una perfecta y espontánea soltura militar.

—Prepárese usted, teniente, y procure que nada falle. Recuerde que es usted el encargado de los caballos. Escoja cuatro monturas que puedan trotar un día entero sin un fallo. Aliméntelas bien y haga que estén descansadas. Saldremos al anochecer.

—A la orden, mi coronel.

—Capitán Grey… —llamó a continuación.

El otro hombre se cuadró.

—Mándeme, señor.

—Usted es el encargado de las ropas. Deberá tenerlas preparadas y cuidadosamente ocultas a la hora de la marcha. No olvide que deben parecer viejas. Espere en el lugar convenido una hora antes de la puesta del sol.

—A sus órdenes.

Halloran, el más joven, no tenía categoría de oficial, y ni siquiera de subalterno. El era simple soldado. Se cuadró antes de que lo nombraran.

—No olvide, soldado Halloran —dijo Forbes, que así se llamaba el coronel—, procurarse un rifle de la máxima precisión y la mejor calidad posible. Tiene que estar bien engrasado, bien limpio y dispuesto para el disparo. ¿Qué tal se siente de pulso?

—Acertaría a un hilo de coser a veinte yardas, señor.

—Espero que no nos defraude. Eso es todo, señores. A partir del momento en que nos reunamos en el punto convenido, yo marcaré la ruta y me encargaré de todo.

Les cuatro hombres, incluido el «coronel», se cuadraron a un tiempo. Parecían un grupo de Estado Mayor después de preparar un plan de batalla. Pero inmediatamente después de este gesto, que hicieron a la perfección, los cuatro hombres se echaron a reír y se estrecharon la mano.

—Todo ha salido perfecto, amigos, todo —dijo Forbes—. Ninguno de nosotros ha olvidado la típica apostura militar de cuando servíamos en el Ejército del Sur. Únicamente tú, Halloran, te muestres algo atolondrado, y no das una auténtica sensación de

hombre de guerra. Espero que repases mejor tu papel y no falles en nada.

—Lo más importante de mi papel es el manejo del rifle —dijo Halloran riendo—. Y no tenga miedo porque en eso no fallaré.

—Es lo que esperamos. Y ahora estamos ya de acuerdo en todo —dijo Forbes—. Podéis ir a despediros de quién sea y estad preparados al anochecer.

—Éste ha sido el último ensayo, ¿eh? —rió Grey—. Muy bien, Forbes, eres un auténtico coronel, aunque en la guerra no pasaras de comandante. Y yo soy un verdadero capitán, pese a que la Confederación, roñosa como siempre, no me concediera más que los galones de cabo. Ha resultado todo a maravilla. ¿Podemos salir de aquí?

—De uno en uno —dijo Forbes—, para no llamar la atención. Y recordad que nuestros puntos de reunión son escalonados, a fin de que no se nos vea juntos en las cercanías de Dallas. Está bien, muchachos. Andad…

Salió primero Halloran, después Lambert, seguido de Grey, y por fin, salió Forbes. La habitación quedó vacía.

Los cuatro hombres tenían seres queridos de quienes despedirse. Forbes, por ejemplo, quien en el momento de salir se palpó su barba gris postiza, había llegado el día anterior a Dallas junto con una muchacha de piernas paralíticas, a la que el derrumbamiento de una casa, durante la guerra, dejó en aquel lastimoso estado. Grey, quien una vez en la calle afianzó bajo la nariz su enorme mostacho postizo, para que no se le cayese, tenía en un carromato de las afueras a una espesa enferma a la que por falta de dinero no podía cuidar. Lambert, viudo pese a sus treinta años, tenía, una hija de corta edad para la que deseaba el mejor porvenir posible. Y, por fin, Halloran también tenía un ser querido, pero este muy diferente de los de sus compañeros. Porque el ser querido de Halloran era una muchacha de veinte años, tan arrebatadoramente hermosa que, de haber aparecido sola en las calles de Dallas, es posible que su belleza hubiera ocasionado en la turbulenta ciudad, una nueva guerra.

* * *

Los cuatros hombres y los seres que los acompañaban habían

llegado a Dallas el día anterior por caminos distintos, empleando diferentes medios de locomoción, y se había alojado en puntos bien opuestos de la ciudad, como si nada tuvieran que ver unos con otros. Hasta el momento de entrar en la habitación cie la que acababan de salir no habían cambiado entre ellos una sola palabra, un saludo, ni una mirada tan solo. Habían procurado que en una ciudad a la que llegaban forasteros continuamente, nadie reparase en ellos, cosa muy fácil de conseguir. Y, por fin, la habitación donde se habían reunido era un antiguo cobertizo abandonado que servía normalmente de refugio nocturno, cobertizo al que nunca se habían acercado antes ni volverían a acercarse después.

Pero todo esto no era más que el principio, todo esto eran sólo los preparativos. Porque en un lugar bien determinado del desierto de Texas hacía falta encontrar a cuatro hombres vestidos con los viejos uniformes del Ejército del Sur para que empezase «la gran jugada».

Forbes, el «coronel», penetró en la pequeña tienda de campaña donde había dejado a su hija, levantó la lona y se encontró con unos ojos azules y temblorosos que le miraban a través de la suave penumbra.

—Luisa… —musitó.

Luisa trató de incorporarse y mantenerse en pie sobre sus débiles piernas, pero no pudo conseguirlo y cayó otra vez sentada sobre el jergón, mientras lanzaba un sollozo.

—No debes cansarte, hija —susurró Forbes—. Todo cuanto hagas para caminar ahora, puede perjudicar aún más tu salud. Cebes tener paciencia y descansar. Dentro de quince días tendremos dinero suficiente para que te opere el mejor cirujano que haya en la costa del Atlántico. Yo te prometo que no sólo podrás andar, sino que bailarás en las grandes fiestas que dentro de un año daremos en nuestra casa.

—Nuestra casa… —susurró Luisa con expresión nostálgica, mientras sus ojos se bañaban en lágrimas.

Forbes, que se había sentado junto a ella, en el jergón, le acarició les cabellos tiernamente.

—Claro que sí, pequeña. Nuestra casa. La edificaremos en Florida, junto a la playa, y podrás bañarte todos los días. Allí hace sol en invierno lo mismo que en verano. Tus piernas se fortalecerán

y serán la envidia de las mujeres y la admiración de los hombres. Claro que sí, pequeña. La admiración de los hombres. ¿Es que ya no te acuerdas de lo bonita que eras antes de que aquello sucediese? ¡Si en la escuela, cuando bailabas, decían que tenías las piernas más bonitas de Texas!

Luisa, cuya forzosa y terrible inmovilidad le había dado una apariencia madura a los diecisiete años, estrechó la mano de su padre, que aún le acariciaba los cabellos, y se la llevó a los labios. Sobre su mano ruda, Forbes sintió deslizarse las lágrimas de su hija.

—No debimos haber perdido la guerra, Luisa —susurró—. Nunca debimos perderla. Yo ahora sería, por lo menos, coronel en un ejército victorioso, y tendríamos dinero para curarte. Pero no debes preocuparte porque empezaremos a tenerlo… mañana.

Grey, entretanto, había llegado a un carromato estacionado en las afueras de la ciudad, entre otros varios. Junto a él, una mujer flaca, envejecida, pero en rayo rostro aún se apreciaban vestigios de su pasada hermosura, le estaba aguardando. Cuando él llegó, fue a refugiarse en sus brazos y apoyó la cabeza sobre el pecho poderoso del hombre.

—Creí que no vendrías —susurró—. Estaba tan… ¡tan sola!

—Yo siempre vengo, Marta. Siempre. ¿Cómo concibes que pudiera dejarte? Pero anima esa cara, tonta. Hoy va a ser un gran día para todos nosotros. ¿Qué tal te sientes esta mañana?

—Tal vez un poco mejor, Sam —dijo ella, sin demasiada seguridad.

—Dentro de poco marcharemos al Canadá. Un hermoso país —susurró él—, donde gracias al clima alto y seco, cualquier enfermedad del pecho se cura en seguida, Tendrás los mejores médicos y bastarán un par de años para que seas otra mujer.

—Dios te oiga, Sam.

—Pero ahora tendrás que estar quieta y sin salir del carromato durante un par de días al menos. Tienes provisiones y dinero por si ocurre alguna cosa. ¡Ah, un amigo mío te traerá una pequeña! No tiene adonde llevarla, y es necesario que la cuides tú.

—¿Qué amigo? —preguntó la mujer.

—Hicimos parte de la guerra juntos. Un buen muchacho, Marta, buen chico de verdad. Es viudo. Sé que a ti no te importará tener a tu cuidado durante un par de días a una niña de dos años.

—¿Cómo había de importarme, Sam? ¡Al contrario! Nunca hemos tenido hijos, y estoy tan necesitada de compañía…

Samuel Grey secó con sus labios una lágrima que había aparecido en los ojos de su mujer.

—Pobre Marta… Verás cómo tendremos hijos, una vea que ya no nos separe la guerra y dispongamos de un hogar. Yo sólo tengo treinta años, y tú veintisiete. ¿Por qué no vamos a confiar?

Ella volvió a apoyar el rostro sobre su pecho.

—No sé, Sam. Me siento tan enferma…

El le acarició los cabellos, mientras una emoción sorda, profunda, un poco desgarrada, le hacía daño en el corazón.

* * *

Lamber, llegó al cabo de unos instantes, trayendo en sus brazos a tura niña gordezuela y cariñosa, que se le pegaba al cuello y jugaba con las orejas de su padre. Sin decir una palabra la besó tiernamente, la puso en los brazos de Marta y se alejó sin mirarla con los puños apretados y sintiendo cómo algo desconocido le contraía los músculos del cuello.

Esto era lo que había sucedido a Forbes, a Lambert y a Grey, pero en cambio, Halloran tenía frente a él perspectivas mucho más halagüeñas.

Se dirigió a un hotel de modesta categoría —a una mujer como Lena no se la podía dejar en la soledad de un carromato—, subió silbando las escaleras y se introdujo sin llamar en una habitación.

Una preciosa muchacha estaba terminando de abrocharse un vestido. Lanzó un «¡Oh!» de sorpresa y susto al verle entrar, y luego se arrojó en sus brazos.

Los labios que Halloran besó ahora, unos labios rojos y palpitantes, no tenían igual en todo Texas, como tampoco tenía igual el cuerpo que ahora estrechaba contra su pecho.

—¿Has pasado buena noche, Lena?

—Mejor que tú seguramente, viejo tunante. ¿Dónde has tenido que dormir, si puede saberse?

—¡Hum! En una caballeriza. No he querido acercarme por la población para no ser reconocido. Ahora cometo una pequeña imprudencia, pero confío que nadie se habrá fijado demasiado en mí. Después de esta entrevista, Lena, tendremos que separarnos.

Ella tembló entre los brazos del hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no imagines que voy a marcharme sin ti, a algo parecido. ¡Haría falta estar loco para abandonar a la mujer más bonita que se ha visto en Texas! Solamente ocurre que, quizá durante un par de días, no podré aparecer por aquí. Tendrás que estar encerrada en esta habitación y rió moverte por ningún concepto.

—¿Es… es peligroso lo que va a ocurrir, Ben?

—No, muñeca. Está tan bien calculado que no puede fallar. Nada de peligros. Pero las cosas deben hacerse con prudencia, y por eso necesito que no te muevas de aquí. Originarías una revolución si salieras a la calle.

—No seas exagerado, Ben.

El la besó de nuevo.

—Eres la mujer más bonita que he visto en mi vida. La más seductora, la más completa. Es imposible, Lena, que pueda existir otra mujer como tú.

—¿Y dices eso después que hemos sido novios casi desde niños? ¿Cómo no te has aburrido?

—¿Quién puede aburrirse de ti, Lena? Piensa que si no te quisiera tanto no haría esto. Deseo que seas rica, que tengas joyas y casas, dinero, poder…

—Me basta con tu cariño, Ben.

—Poco vale el cariño de un huérfano a quien la guerra ha dejado sin un techo. Y a poco puedes aspirar, si deseas seguir siendo honrada, una mujer como tú que ha perdido desde sus padres hasta sus zapatos. No, muchacha. Hemos de hacer lo que está planeado.

—¿Se te confía a ti algo importante, Ben? Perdona, pero eres…, eres algo nervioso y atolondrado.

—Se me confía la realización de unos cuantos disparos excepcionalmente precisos y que no tendrán que matar a nadie. De sobras conoces cómo manejo el rifle. Y conociendo eso, ¿qué es lo que puede fallar en el plan? Nada.

Fue hacia un ángulo de la habitación, junto al armario, y retiró un estuche de violín que estaba allí puesto en pie. Dentro, desmontado en dos piezas, había un rifle especial, de fabricación extremadamente cuidada, y cuya precisión estaba calculada por

milésimas de pulgada. Volvió a guardarlo, y entonces Lena sonrió.

—Me alegro de que te lo lleves. Ya estaba cansada de tener eso ahí. Me daba un poco de miedo.

—¡Bah! Un rifle que es una joya…

Las manos de Ben Halloran temblaban, de todos modos. Se adivinaba que estaba bajo un estado de febril excitación. Todo el temple de sus compañeros, hombres curtidos por la guerra, le faltaba a él. Pero bien cierto era que tenía en cambio a la mujer más bonita de Texas.

—Me gustas tanto, Lena… —susurró él.

Ella se colgó de su brazo, le besó tiernamente en la mejilla, con una especie de timidez, y lo acompañó hasta la puerta.

—Necesitas tener los nervios bien templados, Ben. No vuelvas a besarme ahora. Has sido mi único amor desde que jugábamos, siendo niños, y si algo te ocurriese…

—No temas, Lena. No ocurrirá nada.

Soltó el estuche, la besó apasionadamente otra vez, a pesar del consejo de ella, y, recuperando el arma, salió de la habitación más nervioso y excitado que nunca.

Estaba decidido que los cuatro hombres no volvieran a verse. Lo de Grey y Lambert había sido la única excepción. Por lo tanto, los cuatro comieron en lugares distintos, y por la tarde fueron a lugares diferentes también, procurando no llamar la atención de nadie. Ben Halloran, a un descampado a revisar cuidadosamente el mecanismo de su rifle; Lambert a comprar cuatro caballos excelentes, con el dinero que trabajosamente habían reunido entre todos; Grey a desenterrar el grueso paquete de ropas que la noche anterior sepultara junto a un árbol, y Forbes a un solitario porche a fumar una pipa y revisar una y otra vez todos los puntos esenciales del proyecto, con el plano sobre las rodillas.

Al anochecer, los cuatro hombres salieron de Dallas separadamente y en direcciones diversas, pero para concluir en un punto de reunión determinado. Ahora ya había terminado la primera parte del plan. Y comenzaba la segunda, durante la cual tendría que hablar el plomo.

Capítulo II

CUATRO HOMBRES VIENEN DEL SUR

Al amanecer, el sol arrancaba espectrales reflejos a aquella región desértica de Texas.

Lisa como la piel de un tambor, seca, caliente, aquella tierra se extendía durante millas y millas como una alucinación. Los ojos, cansados de la llanura, llegaban a no verla. Los caballos, con la sensación de que todo era igual y no había ninguna meta por alcanzar, moderaban su esfuerzo y se negaban a galopar.

Pero los cuatro hombres que habían avistado en la llanura el pequeño laberinto rocoso excitaban continuamente a sus monturas, no dejándolas descansar, con el temor de llegar tarde a un punto clave que tenían previamente señalado.

Y como siempre ocurre en personas que no están dispuestas a correr ningún riesgo, llegaron demasiado pronto.

Cuando ocultaron las monturas en el laberinto rocoso, y ellos mismos buscaron un puesto cómodo para esperar, había terminado de amanecer. Y tuvo que pasar todo el día, con su caliginoso e insoportable calor, sin que ocurriera novedad alguna y sin que se viera a ningún otro jinete en el horizonte.

Los puestos de vigilancia fueron repartidos, y tras tantas horas de espera, los hombres comenzaron a dar síntomas de desfallecimiento. Hicieron esfuerzos por callar mientras el sol se mantuvo sobre la línea del horizonte, pero al caer un nuevo crepúsculo, Halloran ya no pudo contenerse y dijo:

—¿No estaremos equivocados, Forbes?

—No podemos estarlo. Yo vi el plano de la ruta.

—¿Y si han cambiado de proyecto?

—Hemos de correr ese riesgo. Pero no consideraré apuradas todas las posibilidades hasta que llevemos por lo menos tres días aquí.

—¡Tres días! —Silbó Halloran.

—Pueden soportarse, muchacho. En la guerra he pasado cosas mucho peores. Pero como tú nunca has estado en la guerra…

—Eres un indeseable novato —dijo Lambert con cierto tono despectivo—. Y te aconsejo que aguantes, porque de lo contrario, acabaré por partirte la boca.

—Oye, tú… —protestó Halloran.

Forbes hizo un ademán enérgico con ambos brazos y exigió:

—¡Basta de comedia! ¡Estaremos aquí todo el tiempo que haga falta porque lo mando yo! ¡Fui alguien en el Ejército del Sur y todavía continúo siéndolo! ¡No quiero escuchar una palabra más!

Forbes tenía autoridad natural, estaba acostumbrado al mando, e impresionó a sus hombres, sobre todo al joven Halloran. Los cuatro guardaron silencio.

El pequeño laberinto rocoso donde se encontraban era el único accidente que durante millas y millas se hallaba en el desierto. Detrás, la zona por donde habían tenido era lisa como la palma de la mano, y el viento iba borrando de ella, poco a poco las huellas de los animales. Delante, la zona por donde esperaban ver aparecer a unos jinetes, se mostraba también lisa y desolada como una maldición infinita.

Transcurrió otra noche, durante la cual la temperatura del desierto descendió hasta hacerse casi glacial, y los hombres se apretujaron unos contra otros mientas pensaban en los seres queridos a los que habían dejado atrás. Por fin, al amanecer, terminaron sus dures y pudieron ver cuatro puntitos lejanos en el horizonte.

—Son ellos —dijo Forbes.

Los cuatro hombres se agazaparon en el laberinto rocoso, mientras escrutaban con ansiedad la llanura que aman ante los ojos. Una parte fundamental del plan iba a desarrollarse allí, y si aquello fallaba, fallaría rodo.

Forbes dio las instrucciones.

—Colócate tú en la cima, Halloran, y apunta bien. De tu rifle

depende todo. ¿Ves bien el desierto?

—¿Cómo no iba a verlo, maldita sea? ¡Vaya preguntar! ¡Llevamos una eternidad aquí!

—Pues fíjate bien en ese desierto, amigo. No podemos ponernos a perseguir por él a esos jinetes en una estúpida galopada de cuatro contra cuatro. Es necesario que mates a sus caballos sin hacerlos sufrir y al primer disparo. En cuanto esos hombres se vean en el suelo y en un terreno tan liso, sabrán que están completamente perdidos. Pero si uno solo de ellos loara salvarse, si uno solo llega a Dallas, entonces los perdidos seremos nosotros. Procura no fallar.

Halloran masculló:

—Nunca he fallado con el rifle. Podría ganarme la vida haciendo exhibiciones.

Lo montó cuidadosamente, comprobó que estaba cargado y esperó, mientras los jinetes se acercaban confiadamente. Sus monturas estaban cansadas e iban al paso, de modo que el blanco era fácil para un tirador como Halloran. Esperó a que los jinetes estuvieran casi debajo del laberinto rocoso,' y entonces apretó el gatillo por primera vez, apuntando a la cabeza de uno de los animales.

Pero éste acababa de hacer un movimiento raro, al ventear a las otras monturas. El disparo falló, y los cuatro hombres se separaron instantáneamente. Lambert masculló:

—¡Maldito, cochino!

Halloran, en sólo un segundo, se puso a sudar como un condenado. Apretó el gatillo otra vez y volvió a fallar. Lambert por poco se abalanza sobre él, pero Forbes le detuvo con un imperioso gesto.

—¡Quieto!

Y luego musitó al oído de Halloran:

—Calma, hijo mío.

Los cuatro jinetes se habían separado, pero no tenían dónde cobijarse. Halloran hizo cuatro disparos más, y esta vez no falló. Sus músculos vibraban de tal modo que parecían de acero. Los cuatro caballos, alcanzados directamente en la cabeza, murieron sin sufrir sobre el polvo cálido del desierto.

Los cuatro jinetes habían desenfundado sus revólveres y se pusieron a disparar como locos, cobijados tras los cuerpos de sus

monturas. Pero sus balas se perdieron porque Forbes y los suyos estaban tranquilamente cobijados entre las rocas, pasándose la cantimplora de ron, en espera de que a los otros se les terminara la paciencia. Por ahora, el plan iba perfectamente, y sólo podía fallar en el improbable caso de que a alguien se le ocurriera pasar por allí.

No se le ocurrió pasar a nadie.

Una hora después, los cuatro sitiados habían gastado inútilmente tal cantidad de balas y se veían tan perdidos en el inmenso desierto que acabaron por rendirse y enarbolar un pañuelo blanco sobre el cañón de un rifle. Al hacer esto, casi más que el miedo, había influido en ellos la curiosidad. No se explicaban lo que podían pretender unos enemigos que mataban los caballos y luego les dejaban tranquilamente pudrirse al sol. ¿Qué era aquello? ¿El juego del escondite?

Al ver la bandera blanca, Grey, que era el que estaba de guardia en aquel momento, susurró:

—Se rinden.

Forbes se vistió sobre su camisa una vieja guerrera del Ejército del Sur, de las que ya llevaban preparadas. En las mangas de aquella guerrera brillaban les entorchados de coronel. Respiró hondo y salió a cuerpo descubierto.

Los cuatro hombres, desde abajo, salieron de sus precarios refugios y le miraron asombrados. Ellos también vestían uniformes del Ejército del Sur. También son oficiales. Vieron aproximarse a aquel coronel como quien ve acercarse una aparición.

Forbes, a unos pasos de distancia, se cuadró y saludó militarmente.

—¿El oficial más antiguo de ustedes? —pidió.

Un hombre de unos cincuenta años, con uniforme de coronel, dio un paso al frente.

—¿Qué quiere usted? ¿Cómo se explica esto?

—Coronel Forbes —dijo él, dando un taconazo, a pesar de que en la guerra no había logrado alcanzar más que el grado de comandante. Pero era una mentira necesaria, como lo era toda, aquella comedia aparentemente absurda y que, sin embargo, estaba estilizada con un implacable fin.

—Coronel Gaylor —dijo el otro, cuadrándose también—. Éstos son el capitán Steve, el teniente Barton y el soldado Callaban, todos

ellos pertenecientes a un grupo del Ejército Confederado que no se ha rendido todavía. ¿Es usted un impostor o pertenece también a nuestro Ejército?

—Pertenezco a él —dijo Forbes.

Los ojos de los hombres que tenía frente a él brillaban peligrosamente. Detrás, en las rocas, Halloran tenía el rifle preparado, aunque las órdenes eran de no disparar sino en caso muy necesario.

—¿Por qué nos han atacado? —preguntó bruscamente Gaylor—. ¿Qué significa esto?

—Lamento decirles que son ustedes nuestros prisioneros. Se les tratará dignamente y con arreglo a su categoría, pero les aconsejo que no se resistan.

Gaylor extrajo su revólver.

—Tú eres un perro renegado y…

Un disparo del rifle de Halloran le hizo soltar el arma de entre los dedos, sin herirle. El coronel se quedó viendo visiones, y sólo después de aquel disparo tuvo la completa sensación de que estaban a merced de sus enemigos. Pero dijo aún:

—Hemos de llegar a Dallas…

—No te inquietes por tu misión —dijo Forbes—. Será cumplida. Vamos, entregad vuestras armas. Podéis conservar únicamente los sables, como signo de vuestra categoría.

Los cuatro hombres entregaron sus rifles y revólveres sin una protesta. Estaban tan asombrados que no sabían qué hacer, y pensaron que obedecer era lo más sensato. Forbes fue apartando las armas a puntapiés, y luego ordenó a sus prisioneros:

—En fila india. Nada de levantar las manos. Caminad hacia las rocas.

Los cuatro hombres lo hicieron así, encontrándose en ellas con tres individuos que vestían viejos uniformes del Ejército Confederado, como si la guerra no hubiese terminado aún. Y precisamente aquellos uniformes eran de capitán, de teniente y de soldado, lo que unido al coronel que lucía en parte Forbes, componían exactamente un grupo igual a los que llevaban ellos.

Gaylor, pese a su alta graduación, no pudo evitar que el asombro le hiciera abrir la boca.

—Pero ¿qué es esto?…

—Preparad las argollas —dijo Forbes a sus hombres—. Lo siento, amigos, pero será necesario encadenaros para impedir una evasión. Siempre es eso mejor que acribillaros a balazos.

—¡Dijiste que seríamos tratados con arreglo a nuestra categoría! —bramó Gaylor.

—Ésta será la única humillación que se os imponga. La única —aseguró Forbes—, y lo hago para no tener que mataros. Encadenadlos, muchachos. Con cuidado.

Lambert extrajo una larga cadena con ocho argollas, sin duda preparada especialmente, y esas ocho argollas fueron férreamente cerradas en torno a los tobillos de los prisioneros. Luego, ambos extremos libres de la cadena fueron dejados caer desde las rocas a la arena. Forbes ordenó:

—A trabajar, muchachos.

Febrilmente, mientras Forbes amenazaba con el revólver a sus prisioneros, los otros tres hombres se pusieron a arrastrar los caballos muertos hasta el pie mismo de las rocas. Sudaban como condenados y apenas podían soportar los primeros hedores de aquellos cuerpos gigantescos, pero de todos modos concluyeron bien su trabajo. Luego abrieron, con picos y palas traídos expresamente, dos enormes fosas, en cada una de las cuales sepultaron dos caballos. Y a la silla de los que estaban encima ataron fuertemente, los extremos libres ce la cadena, de modo que para arrancarlo de allí fuese necesario arrastrar también el cadáver del animal, cosa imposible de conseguir ni por un Hércules. Las cadenas enterradas en la arena, no eran visibles ni para un jinete que pasase muy cerca de allí. Los prisioneros sólo podrían liberarse teniendo las llaves de las argollas, y esas llaves fueron entregadas a Grey por Forbes.

—Tú vas a quedarte guardándolos, según lo convenido. En realidad, tu trabajo es de lo más sencillo porque termina aquí. Sólo deberás poner al alcance de sus manos víveres de los que te dejamos aquí durante dos veces al día. Todos tienen sus mantas, de modo que pueden dormir si quieren. La longitud de sus cadenas rolo les permitirá dar unos pasos por una determinada zona, de la que tú deberás mantenerte alejado. Tu vigilancia será sencilla, pero tiene dos peligros.

—Cree que los adivino —dijo Grey.

—La primera es que los animales del desierto traten de desenterrar esos caballos. Como están sepultados a tanta profundidad, no me parece fácil, pero si algún bicho se acerca le descerrajas un tiro. La segunda dificultad está en que pase alguien por aquí cerca, y esos hombres se pongan a pedir socorro. Si lo hacen así, mátalos, Grey. Sin compasión. Mátalos. Su única posibilidad de salir vivos, está en tener cerrada la boca.

El soldado Callaban escupió al suelo desdeñosamente.

—¿Sí? ¿Y cuándo van a soltarnos?

—Dentro de ocho días, Grey montará a caballo y les arrojará las llaves de sus argollas. No hay peligro de que puedan perseguirle, una vea libres, porque ustedes irán a pie y él no.

Forbes, con su sable, trazó en las rocas una raya.

—Y ahora un consejo. Tirando mucho de sus cadenas, puedes ustedes llegar hasta esta raya, que Grey se cuidará de no atravesar nunca, por ningún concepto. Cuanto necesiten les será depositado aquí, a su alcance, pero él no dará un paso más. Para dormir se colocará tras unas rocas que le pongan a cubierto de todo lo que puedan lanzarle, sean sables o piedras. Y aquí viene el consejo, que es éste, amigos: Grey, su guardián, tiene la comida y las llaves de las argollas. Tiene también el agua. Consigan matarlo, y su cuerpo quedará siempre más allá de la raya. Si le matan entreténganse mirando su cuerpo y vayan pensando en cómo quedarán los suyos.

Callaban volvió a escupir.

—No sé lo que se proponen, ni soy muy inteligente. Pero hay una cosa que me parece clara: ¿Por qué no nos matan de una vez, y así se evitan tantas dificultades?

—No somos asesinos —mascculló Forbes—. Además… Bien, además trabajamos con la cabeza, y nuestro plan es tan perfecto que podrá desarrollarse sin derramar una sola gota de sangre.

Se cuadró otra vez, saludando, y los cuatro prisioneros le volvieron la espalda.

—Adiós, Grey.

—Adiós, Forbes. Cuida a mi mujer. Cuando regreséis a Dallas trata de verla todos los días.

—No te preocupes, muchacho. Tu misión ha terminado ya. Aquí no vas a tener más enemigo que el aburrimiento. Y dentro de diez días, cuando se terminen los víveres…

—Procuraré cuidar bien al caballo —concluyó Grey—. Hizo un saludo a sus compañeros, quienes le estrecharon la mano. Luego los vio cómo montaban y quedó solo en aquella especie de isla en medio del desierto.

Forbes, mientras galopaban en dirección a Dallas, determinó:

—El plan va saliendo perfectamente. Ahora sólo falta encontrar a McLey en el lugar señalado.

—Estará allí. ¿Va a intervenir alguien más?

Forbes, que ya no llevaba nada postizo sobre su cara, al igual que los otros, se acarició el mentón.

—Sí, un pistolero. He reclamado su ayuda por si algo dale mal. Es una especie de asesino a sueldo. Viene del Este y llegará a Dallas quizá mañana por la noche.

Los otros dos hombres miraron hacia el horizonte, donde imaginaban a Dallas y los seres queridos, y siguieron galopando en silencio.

CAPÍTULO III

UN HOMBRE LLEGA DEL ESTE

Siguiendo los misteriosos hilos de aquel plan, de aquella gran jugada tan calculada y precisa como un aparato de relojería, un hombre había salido de Alabama quince días antes y había pasado a la tierra de Texas, encaminándose hacia Dallas.

Era un hombre que vestía completamente de negro y montaba un caballo del mismo color. Llevaba al cinto dos revólveres plateados. Un sombrero blanco, tejano, cubría su cabeza. Tenía los ojos grises, los cabellos ligeramente rubios y los labios firmes y siempre plegados en una mueca de decisión. Su mirada era la de un hombre que no sabe distinguir entre la vida y la muerte.

A lomos de su caballo atravesó las tierras áridas, se internó luego en las zonas cultivadas y por fin llegó a la vista de Dallas, cuya ruta le había sido señalada ya días antes por las interminables caravanas y las docenas de jinetes que se dirigían a aquella nueva tierra, huyendo de los Estados del Este, más castigados aún.

Al llegar a la vista de la ciudad, aquel hombre decidió que no podía entrar en ella con la garganta seca, y se introdujo en un pequeño parador que había al borde del camino.

El pistolero tendría unos veintiocho años, caminaba de una forma un poco indolente y se adivinaba en cada uno de sus gestos la perezosa agilidad de un felino. Varios hombres estaban acodados en la barra, y todos le miraron con atención. Aquel aire de «hombre de gatillo» que se desprendía de él, parecía olerse a distancia.

Pero entre los que ya estaban en el local hubo uno que le miró con más atención que les otros, y el recién llegado clavó sus ojos en

él ya al entrar, como si lo hubiera presentido.

El otro debía tener unos treinta años, era alto y huesudo y vestía también de negro. Las fundas pistoleras, muy bajas, estaban cuidadosamente sujetas a la entrepierna. El plomo brillaba en sus cintos con un reflejo siniestro.

—Hola, Larry —susurró, mirando al recién llegado.

Éste no hizo caso. Después de la primera mirada, fingió no reconocerle. Se acodó sencillamente en la barra y dijo:

—Por favor, un doble de *brandy*.

El hombre que ya estaba en el bar se acercó poco a poco, con los labios distendidos en una extraña sonrisa. Tenía un labio partido, y los dientes inferiores rebrillaban en la penumbra. Se acodó él también, y susurró:

—Yo invito, Larry.

Larry le miró con el rabillo del ojo.

—Gracias, pero voy a Dallas a trabajar. No quiero jaleos ahora.

—¿Qué clase de jaleos, Larry?

—Tú me entiendes bien. Bebe y lárgate. Puede que nos encontremos otro día y entonces, si tengo tiempo, continuaremos esta conversación.

—¿Tan importante es el trabajo, Larry?

—Mucho. ¿Por qué?

—Porque no vas a poder empezarlo. Creo que lo lamento. No vas a poder empezarlo de ninguna manera.

—¿No?

—No, porque voy a matarte.

El dueño del pequeño parador, quien servía ahora una copa a Larry, sintió que su mano empezaba a temblar. El licor fue derramado sobre la barra y empezó a gotear hasta el suelo.

—¿No sabes quién es éste? —le preguntó el que ya estaba antes en el bar.

—No…, no, señor.

—Es Larry Topeka. Un pistolero de los más crueles y malditos que ha habido durante la guerra civil. Fue guía de las tropas nordistas y tiene una cabeza de hiena podrida en lugar de corazón. En sus revólveres no hay muescas porque ya no cabrían. ¿Y sabes quién soy yo?

—Tam… Tampoco, señor.

Larry, con voz aburrida, recitó:

—Claro que lo sabe, amigo. Basta ver ese labio partido y basta oler el aliento insoportable de esa boca para saber que se está ante Jimmy Gardea, el buitre más negro de todos los que pululan por el Sudoeste. Jimmy Gardea, de quien se dice que mató a su padre por la espalda antes de empezar su honorable «carrera» de pistolero. De quien se dice que, en la guerra, siendo oficial del Ejército del Sur, se dedicó al pillaje y a exigir rescates por los prisioneros de guerra que capturaba. Una joya, amigo, una verdadera pieza de museo. Tampoco lleva muescas en sus revólveres porque mata a tantos hombres que ni siquiera tiene tiempo de marcarlas. Ése es el que tienes delante, vestido de negro y con una boca que apesta más que nunca. ¿Quieres invitarme, Jimmy?

—Ya te he dicho que te invito a beber antes de matarte.

—¿Y por qué vas a matarme, Jimmy, cariño?

El otro se mordió los labios.

—Te he estado buscando por todas partes, Larry Topeka. Estoy harto de ti, harto de que existas, de que sigas teniendo piel sobre los huesos. Dos hombres como nosotros no pueden vivir juntos en el Sudoeste. Continuamente me han estado diciendo que tú eres mejor pistolero que yo, y ha llegado la ocasión de comprobarlo.

—¡Bah!! Tonterías. Te he dicho que tengo trabajo en Dallas.

—Lo que tienes es miedo, Larry. Miedo.

Tomó con los dedos la copa que Larry no había tocarlo aún y lanzó su contenido sobre el rostro del pistolero. Éste no se inmutó siquiera. Dijo sencillamente:

—Ponga otra, amigo.

El del bar, muerto de miedo, la llenó otra vez. Y Larry no la lanzó al rostro de su enemigo, como todos esperaban, sino que la alzó lentamente para beber su contenido. Luego susurró:

—Tienes una última oportunidad, Jimmy.

—Sécate la cara antes de hablar, cobarde.

Larry, con el pañuelo negro que rodeaba su cuello, se la secó.

—Está bien Jimmy. Tú lo has querido.

Se apoyó negligentemente en la barra, y su mano derecha jugueteó con la copa. Los ojos de Jimmy Gardea brillaron al darse cuenta de que su enemigo tenía que disparar forzosamente con la izquierda.

—Nadie me había dicho que fueses zurdo, Larry.

—Y no lo soy. Pero alguna ventajilla tenía que darte, ¿verdad? De otro modo esto sería muy aburrido.

Jimmy Gardea, a una distancia de cinco pasos, arqueó el cuerpo y puso las dos manos a la altura de los gatillos. Sus ojos brillaban. Se daba cuenta de que su enemigo estaba en mala postura, y de que cualquier movimiento en falso le resultaría fatal.

—«¡Saca!» —rugió.

Larry, que estaba apoyado de costado en la barra, hizo un rapidísimo movimiento y se apoyó de espaldas en ella, mientras la copa saltaba hacia el rostro de su enemigo con una velocidad centelleante. Jimmy Gardea desvió la cabeza unas fracciones de segundo, para no recibir el impacto, y esto le perdió. La mano izquierda de Larry se movió con una velocidad increíble, alucinante, y engarfió el revólver. Antes de que Jimmy pudiera disparar, ya había recibido un plomo a la altura del corazón y del parietal, en la cabeza. Hizo un solo disparo, provocado por la contracción de sus músculos, y cayó pesadamente sobre las tablas. Había muerto sin sufrir, sin darse cuenta. Larry Topeka sopló en el cañón de su revólver, lo guardó cuidadosamente y dijo:

—Lástima.

Pagó, cargó con el cuerpo del muerto y lo puso cruzado sobre su silla. Unos minutos después lo había enterrado a un borde de la ruta principal que conducía a Dallas, colocando sobre el montículo de tierra una cruz hecha con dos ramas y grabando con su cuchillo en un pedazo de madera una breve inscripción que decía:

JIMMY GARDEA. ¡LASTIMA!

Luego volvió a montar y entró tranquilamente en la ciudad de Dallas, que hervía de forasteros y de uniformes azules de las tropas de ocupación.

Larry Topeka pidió alojamiento en un hotel modesto, comió, fue luego a su habitación y descansó varias horas, pues había hecho a marchas forzadas toda la ruta, desde Alabama hasta allí. Luego, al anochecer, salió a la calle.

Era el día previsto y la hora prevista. El plan, la jugada, se iban realizando paso por paso, con la precisión con que las manecillas de

un reloj van siguiendo la línea de las horas. Fue a un lugar que ya estaba determinado, el saloon del Viejo Hebreo, y se situó junto a la tercera columna de la izquierda, fumando calmosamente.

En el escenario actuaba una bailarina joven y bonita, que despertaba verdaderos alaridos en el público, pero él ni siquiera la miró. Cuando alguna muchacha le rozaba insinuantemente, como por descuido, al pasar por ahí, él sólo movía un poco los párpados y seguía tranquilamente, sumido en sus reflexiones.

Llevaba unos diez minutos así cuando una voz dijo a su espalda:

—¿Larry Topeka?

El se volvió. Un mozalbete de unes quince años estaba tras él, con un sobre cerrado en la mano.

—Esto para usted.

—¿Quién te lo ha dado?

—¿Este sobre? Lleva varios días aquí. Yo trabajo en la limpieza del saloon, y hace casi una semana vino un tipo con barba gris y me dijo que lo entregara a un hombre que vendría hoy y que se pondría a fumar tranquilamente justo donde está usted ahora.

—¿No te dijo su nombre?

—No.

Larry le tendió un dólar.

—Toma. Y gracias.

Se introdujo el sobre en el bolsillo, como si no le diera importancia y salió del saloon.

Todo iba saliendo tal como le dijeron. Se daba cuenta de que estaba en buenas manos, de que aquello no lo había planeado un cualquiera. En la carta que le pidieron que se encaminase a Dallas se le decía que desde aquel día y a aquella hora, si se situaba en un lugar determinado del saloon del Viejo Hebreo, recibiría noticias. Un saloon tan antiguo y del que entraba y salía tanta gente, era un lugar ideal para citarse sin llamar demasiado la atención. Mejor que pedirle que se alojase en un determinado hotel, en el que cabía la posibilidad de que no hubiese habitaciones. Mejor que citarle en un descampado y hacerle esperar allí horas y horas, ron aire misterioso, exponiéndose a llamar la atención de alguien.

En un porche, bajo un farol, rasgó el sobre y miró su contenido. Como había sospechado, aquello no valía nada si no se tenía la otra hoja, la que él recibió con la primera carta. Lo que le entregaban

ahora era un piano dibujado sobre el papel transparente, el cual coloró Larry encima del plano que le enviaron con la primera misiva. El resultado era una ruta a seguir por los alrededores de Dallas. Larry fue a la cuadra pública, donde había dejado su caballo, lo montó y fue hacia el rugar que el plano le indicaba.

Pasó junto a varios carromatos estacionados en la llanura. En uno de ellos una mujer con aspecto de enferma encendía una fogata para calentar unos alimentos. Una niña que no debía llegar al año de edad se arrastraba por el suelo, junto a ella, y jugueteaba con los bordes de su vestido.

—No sé a quién se le habrá ocurrido dejar sola a una mujer así —musitó Larry para sí mismo.

Tras media hora de galopada llegó a un bosquecillo en el que había varios montículos de roca y algunas grutas, y se situó junto a una de ellas, esperando.

No tuvo que aguardar mucho rato. Llevaría unos cinco minutos allí cuando de repente tuvo la indefinible sensación de que alguien le vigilaba, y se volvió, para verse encañonado por un rifle.

Un joven de unos veinte años lo empuñaba. Aquel joven, a quien no conocía, tenía dos cosas de extraordinario: la calidad soberbia de su rifle y la guerrera del Ejército del Sur, que vestía un año después de terminada la contienda.

Larry Topeka musitó:

—Bueno.

—¿Tu nombre?

—Menos teatro, hermano. Puedes llamar a los otros.

—¿Eres Larry Topeka?

—¡Sí!, y no estoy dispuesto a quedarme aquí toda la noche, esperando a que tú te convenzas.

—Tu credencial.

Estaba convencido que la credencial serían los dos documentos o partes del plano. Larry los entregó, y el joven que le encañonaba los tendió a alguien más que acechaba entre las sombras.

Tres hombres surgieron entonces, mostrándose ante los ojos sorprendidos de Larry Topeka. La verdad era que éste no esperaba una cosa así, a pesar de saber que estaba envuelto en un asunto extraño. Porque aquello parecía un baile de disfraces o una resurrección del Ejército del Sur, como si se hubiese vuelto a los

días más comprometidos de la guerra.

Un hombre de unos cincuenta años, que llevaba en las mangas, entorchados de coronel, le saludó militarmente.

—¿Larry Topeka?

—Sí.

—Soy Forbes. Este que le está apuntando aún es Hallaran. Lambert y Sullivan son mis dos compañeros.

—Es un placer, señores —sonrió Larry—. ¡Diablo! Pero ¿pueden explicarme qué significa esto? ¿Hacen la guerra por su cuenta?

—En absoluto. Esto forma parte de nuestro plan.

—¿Qué plan?

—Lo sabrá mañana, señor Topeka. Mañana. Créame que será un hermoso día, en el que va a haber solemnes acontecimientos.

Larry miró a los cuatro hombres con una mezcla de admiración y asombro, mientras entornaba los palmados.

—¿Qué clase de acontecimientos?

Forbes lanzó una carcajada ronca, extraña, llena de sonidos guturales.

—Mañana —declaró señalando a Sullivan—, vamos a ahorcar a este hombre.

CAPÍTULO IV

LOS PERROS GRISES DEL SUR

El general Bikanian dejó su grueso cigarro sobre un cenicero de plata, en la mesa, y paseó una mirada circular por la habitación para asegurarse de que todo estaba en orden.

Lo estaba. Aquella habitación era espléndida, y no parecía la de un general que está aún poco menos que en campaña. Los muebles eran de calidad, las cortinas excelentes, había una gruesa alfombra, y los botones de la guerrera del general brillaban tanto como la empuñadura inmaculada de su sable.

Se puso en pie, se estiró bien el uniforme y dijo al ordenanza que mantenía abierta la puerta:

—Que pasen.

Se oyeron, recios taconazos y cuatro hombres vestidos con viejas guerreras del Ejército Confederado, cubiertos de polvo, de pelo y de mugre, llevando más suciedad sobre sus guerreras grises que un cerdo sobre su piel, entraron en la habitación, se cuadraron y saludaron militarmente.

El de más graduación, el que llevaba sobre sus mangas los entorchados de coronel, se presentó a sí mismo y presentó a sus compañeros:

—Coronel Gaylor. Me acompañan el capitán Steve, el teniente Gordon y el soldado Callahan. Todos pertenecientes al segundo escuadrón del Décimo de Caballería, que no se ha rendido aún.

El general correspondió a su saludo:

—General Bikanian. Bien venido. Les estaba esperando.

Abrió con una llave el cajón central de su mesa de despacho, de

allí extrajo una arqueta de acero, que abrió con otra llave, y de esa arqueta unos documentos.

—Aquí está la carta que ustedes hicieron llegar al Estado Mayor a través de un ganadero mexicano. Va firmada por usted, coronel Gaylor. ¿Lleva encima sus documentos?

—Naturalmente, mi general.

Forbes extrajo de un bolsillo de su guerrera la documentación sustraída a los que aún debían continuar prisioneros en el desierto.

—La mía y la de mis hombres.

Bikanian la examinó brevemente, cerciorándose de su autenticidad con una sola ojeada, y les invitó:

—Les ruego que se sienten.

Todos obedecieron, pero en sus asientos aún continuaban tiesos y rígidos como autómatas. El sufrimiento se traslucía en sus rostros demacrados, rostros de hombres que durante semanas y semanas han comido de cualquier manera, que no han podido dormir, que han vivido permanentemente en un terrible clima de derrota.

—En sus cartas no revelaron ustedes la situación exacta del Décimo de Caballería —dijo Bikanian—. ¿Temían que fuese atacado?

—No revelaremos nada hasta tener su palabra de honor —dijo Forbes en su falsa personalidad de coronel Gaylor—. Palabra de honor concreta y segura da que nuestros hombres no serán atacados, y de que en cuanto se rindan obtendrán respeto y honores militares.

—Tienen ustedes mi palabra. Soy el general en jefe de este sector. Y personalmente les admiro, de modo que no tienen absolutamente nada que temer. Por otra parte, el Alto Mando consideraría ahora una medida muy poco política atacar a fuerzas del Sur, que por estar completamente aisladas aún no han llegado a rendirse.

Forbes se levantó, fue hasta un gran mapa de Texas que colgaba de una de las paredes y señaló en él, sin vacilar, un punto preciso.

—Aquí están mis hombres. Mal alimentados, peor vestidos y apenas sin municiones, pero todavía con orgullo. Son lo mejor y más bravo del viejo Ejército Confederado.

—Explíqueme mejor el contenido de su carta —exilió Bikanian —. No he de negarles que en el Alto Mando se ha discutido mucho

sobre ella. ¿Qué misión se les asignó cuando la guerra ya estaba a punto de concluir?

—Trasladar a México parte de las reservas de nuestro Gobierno. Una gran parte.

—¿Por qué no cumplieron a rajatabla esa orden?

—Supimos por unos jinetes que la guerra había terminado cuando estábamos en Alamillo, un lugar desierto, seco y lleno de maldiciones. Como es lógico tratamos de llegar cuanto antes a la frontera de México, pero toda la línea estaba militarmente ocupada ya por las tropas del Norte. La noticia la habíamos conocido con tanto retraso que toda la frontera estaba cercada ya por los de la Unión. Se veían uniformes azules por todas partes. Entonces, ante el temor de que, si hacíamos cualquier esfuerzo infructuoso perderíamos no sólo la vida, sino también el oro ele nuestro Gobierno, decidimos regresar a Alamillo y hacernos fuertes allí, en el viejo edificio de una misión. Inexplicablemente no fuimos atacados.

Bikanian se acarició la barbilla.

—La verdad es que desconocíamos su existencia. Es lugar desierto que me señalan está por completo alejado de todas las rutas. Y también es verdad que ustedes no molestaron o nuestras tropas, ni hicieron salidas militares de ninguna clase.

—Cierto. Nuestra única misión consistía en guardar ese oro e intentar transportarlo a México.

—¿Hicieron algún nuevo intento?

—Enviamos varias veces jinetes aislados hasta cerca de la frontera, pero ninguno de ellos regresó. Esto nos hizo pensar que nuestros hombres y nuestras pesadas carretas no lograrían jamás llegar a México. Intentamos establecer contacto con los guerrilleros, pero ni eso fue posible. Y en estas condiciones, después de un año de penuria, yo, en mi propio nombre y el de mis soldados, lié decidido venir aquí. Antes, como es natural, enviamos al Mando nordista una carta por medie de un jinete de toda confianza. Esa carta, según usted me indica, se recibió.

—En efecto.

Bikanian se acomodó tras su mesa y ofreció cigarros a todos, pero todos rechazaron.

—¿Cuál es su proposición, coronel Gaylor? —preguntó de

improviso, inclinándose hacia adelante.

—Entregarnos, y entregar el oro al Gobierno de los Estados Unidos. Eso es lo único que podemos hacer, si se nos garantizan las dos únicas cosas que hemos pedido: buen trato y honores militares.

—Les doy mi palabra de honor de que les serán concedidos.

—Hay algo más —dijo el falso coronel Gaylor.

—¿Qué?

—La entrega de ese oro no puede hacerse de una forma sencilla y corriente, puesto que su valor asciende a más de dos millones de dólares. Será necesaria una ceremonia especial.

—¿A qué se refiere, coronel Gaylor?

—Trataré de ser claro. No puedo tolerar la presencia de tropas nordistas más o menos incontroladas en un lugar donde se guarda semejante fortuna. Tal vez no ocurriese nada, pero he de evitar las tentaciones a sus soldados y oficiales, general. De modo que la entrega del ero habrá de hacerse según un plan que he trazado ya.

—Está bien. Expóngalo.

—El alto Mando me asegurará en un documento debidamente firmado, y con todas las garantías legales, que está dispuesto a recibir ese cargamento para entregarlo al Gobierno de los Estados Unidos, y que las tropas del Décimo de Caballería serán tratadas con todos los honores. Ese documento me servirá para regresar al puesto y solicitar que se me haga entrega de los carromatos que guardan el oro. Un delegado civil, del Gobierno Confederado es aún responsable del mismo. Y los carromatos serán entregados en este punto de la llanura de Texas —sin levantarse, con la vaina de su sable, señaló un lugar del mapa—, lugar donde estarán aguardando algunos hombres seleccionados por el Mando, y los cuales se harán cargo de la conducción a partir de aquel momento.

Bikanian hizo un leve gesto de sorpresa.

—¿Por qué no entregarlo en su puesto militar, coronel?

—Y a le he explicado el motivo. No me agradaría que tropas a las que no conozco se presentaran en un lugar donde se encuentra tan fabulosa fortuna. Ello significaría, un peligro para mis soldados.

—¿Quiere decir que podrían exponerse a ser atacados? Nuestras tropas no son tan indisciplinadas, coronel, aunque reconozco que después de la victoria ha sido a veces muy difícil sujetarlas. Y lo mismo que podría suceder en Alamillo puede ocurrir en ese punto

de la llanura de Texas que usted designa para la entrega de los carromatos.

—Es cierto, pero ¿quién correría peligro en tal caso? No todos mis hombres, sino sólo nosotros, que se riamos los encargados de la conducción. Y nosotros, mi querido general, ya nos hemos jugado la piel para llegar hasta aquí. No importa una vez más, con tal de que la totalidad de mis hombres esté a salvo. Eso es lo que más me interesa.

Bikanian volvió a acariciarse la barbilla. Comprendía que el coronel tenía razón, y, además, su desconfianza estaba justificada porque él podía considerarse aún, en cierto modo, un enemigo que entabla negociaciones para la rendición. De todos modos, aquello le contrariaba un poco, porque resultaba poco brillante. Hizo una objeción:

—¿Quién me asegura que ustedes van a volver a Alamillo?

—Ésa es una pregunta tonta, general. Y perdóneme si soy tan sincero. Si no pensáramos volver a Alamillo, ¿para qué diablos habríamos venido aquí y le estaríamos ahora explicando todo esto?

—Tal vez no me he expresado bien. Quiero decir que ha de responder de algún modo de la seriedad de sus intenciones.

—Lo comprendo. Usted desea que desde ahora vayamos acompañados; es decir, desea no perdernos de vista. Si es así puede designar a cuatro soldados para que nos acompañen hasta Alamillo, con una sola condición: No entrarán en nuestras posiciones.

—De acuerdo, coronel Gaylor.

Forbes se puso en pie. Parecía como si la conversación estuviese concluida, pero de repente dijo:

—Otra cosa, general.

—¿Qué?

—¿Es discreto el Alto Mando?

—No le entiendo, coronel.

—Quiero decir: ¿Cuántos hombres se enterarán de que en un lugar determinado de la llanura de Texas va a ser entregado un cargamento de oro que vale una auténtica fortuna?

El general dio un puñetazo en la mesa. Parecía como si le hubieran tocado en uno de sus puntos sensibles, como si le ofendiese el que un ex enemigo pudiera pensar de él que era tan tonto.

—Esa pregunta me ha molestado, coronel. Lo que estamos hablando es un secreto lo bastante importante para que sólo lo conozcan contadísimas personas. El alto Mando conocerá estos pormenores por medio de un mensaje cifrado que enviaré yo mismo, sin ayuda de nadie, y el número de personas que se hallará en ese punto de la llanura de Texas, para la ceremonia de entrega, no pasará de tres.

—Celebro que sea usted tan prudente, general. Y lo celebro con más motivo porque hará falta. Si son más de tres los hombres que conocen ese secreto correremos un gravísimo peligro. Lo cual no es obstáculo para que a unas cuatro millas del punto señalado se encuentre un escuadrón de caballería cuyos oficiales no deben saber hasta el último momento la misión para la que se les destina.

Bikanian también se puso en pie.

—¿Sabe que es usted un hombre listo, coronel? Lamento de verdad que hasta ahora hayamos sido enemigos.

—Continuaremos siéndolo en cierto modo, general, hasta que mis hombres estén licenciados. ¿Cuándo estará listo el documento que necesito para volver a Alamillo?

—Mañana a esta misma hora.

—¿Y los hombres que han de acompañarnos en el viaje?

—Serán sólo dos —decidió el general bruscamente—. Lo he estado pensado, mientras hablábamos, y en realidad solamente hay dos oficiales en los que puedo depositar toda la confianza. ¿Tiene algún inconveniente, coronel? ¿O quiere estar mejor protegido?

—Dos oficiales me bastan y sobran —decidió.

El general dio la vuelta alrededor de su mesa para estrecharle la mano con afecto.

—Le repito que he encontrado en usted cosas admirables, coronel. Y, espero que seremos buenos amigos, una vez haya terminado todo esto.

—Yo también lo espero, general.

—¿Me permite un consejo?

—Cualquier cosa que usted me aconseje será una orden para mí —dijo Forbes sin inmutarse.

—No lleven esas guerreras sudistas mientras se encuentren en Dallas. Llamarían demasiado la atención aquí, y se expondrían a un serio disgusto. ¿Saben ya dónde pueden alojarse?

—No hemos pensado en ello, general.

Bikanian hizo sonar una campanilla de bronce que había sobre su mesa. Al instante una puerta se abrió y apareció un ayudante.

—Lleve a estos caballeros al acuartelamiento de la División —ordenó—, a los alojamientos de oficiales que ahora están vacíos. —Luego se volvió hacia los sudistas—: Les ruego que no hablen con nadie ni salgan de allí. Es más prudente.

Saludó, dando un recio taconazo. Forbes y los suyos le imitaron, con una completa apostura militar. Sólo en Halloran se notó que era un novato y que no había estado en la guerra.

Luego les hombres salieron.

Estaba ya en marcha lo más difícil ele su plan. Ahora sólo faltaba llevar a cabo la gran comedia, el golpe maestro que demostraría a Bikanian y los generales nordistas que todo aquello era verdad, y que los hombres venidos desde el fondo de la llanura de Texas estaban dispuestos a todo, incluso a perder la vida, con tal de entregar al Gobierno de los Estados Unidos el oro que custodiaban en Alamillo «los perros grises del Sur».

CAPÍTULO V

UN HOMBRE TIENE QUE MORIR

El pistolero vestido de negro encajó bien los revólveres en sus fundas, descendió del caballo de un salto y se aproximó a la gran valla da troncos que separaba el caballo del espacio destinado a edificios militares.

Había centinelas media milla más abajo, en los acuartelamientos de la tropa, pero no en aquel sector que estaba destinado únicamente a alojamiento de oficiales. No encontró ningún obstáculo hasta llegar a la valla, que saltó limpiamente, con esa agilidad de los que han pasado domando potros o montando a caballo casi toda su vida.

Junto a la valla de troncos ya había atado un hermoso alazán, y al lado de ese alazán alguien había escrito en la madera con una navaja: «III».

El pistolero vestido de negro se aproximó al barracón número tres. Todos aquellos acuartelamientos estaban vacíos, y nadie le molestó hasta llegar a su destino.

En el tercer barracón llamó dando tres golpes suaves con los nudillos. Le abrió Forbes, quien aún vestía sobre una camisa mugrienta la vieja guerrera del Sur.

—Pase, Larry.

Larry Topeka entró en la habitación. Dentro, sentados en incómodos bancos de madera, junto a camas militares de hierro, estaban Lambert, Halloran y Sullivan, a quienes ya conocía.

—Hola —musitó.

—Siéntese, Larry —invitó Forbes—. ¿Un trago? El cantinero nos

ha regalado una botella de ron.

—Acepto el trago.

Mientras bebía, observó a los hombres, sus nuevos compañeros. Larry Topeka había tenido siempre por amigos, a tipos duros, desesperados, salvajes, y aquéllos lo eran, a excepción del joven Halloran. Sin saber porque, se sintió a gusto junto a ellos. Eran tipos que llevaban la guerrera sucia, la camisa abierta y mostraban el pelo del pecho. Olían a suciedad, a licor y a tabaco, tres olores que complacían a Larry Topeka porque le recordaban sus luchas y le recordaba la guerra, que había hecho desde el principio hasta el fin como oficial de la Caballería del Norte. En su vida, donde no había amor, donde no había piedad, donde no había existido jamás la sombra de una sola mujer, algo le hacía sentirse contento al hallarse en presencia de estos piratas que no conocían la ley.

—¿El jefe eres tú, Forbes? —preguntó.

—Ya quedó así aclarado en la primera entrevista. Yo soy el jefe y el que lleva a cabo el plan. Tú no tendrás intervención directa en él si las cosas van normalmente, pero puedes resultar el hombre decisivo si se tuerce algo. Te hemos llamado por eso.

—Bien.

—Oí decir que en la frontera de Texas con Luisiana y Arkansas había un pistolero que jamás fallaba una bala, y oí decir también que ese pistolero se llamaba Larry Topeka. ¿Es cierta la leyenda?

—Algunos de los que la negaron están muertos —dijo sonriendo Larry.

—Pues bien, nuestro plan no requería la presencia de un hombre como tú. Normalmente debíamos desenvolvernos nosotros solos sin dificultades, pero si las cesas se ponían feas iba a hacernos falta un hombre rápido con el revólver, un tipo capaz de matar a seis enemigos con seis balas. Ese hombre podías ser tú, y por eso te hemos llamado.

—Bien —repitió lacónicamente Larry.

—Tu misión consistirá en no perder contacto con nosotros y en obedecer aquellas órdenes que se te den para casos especiales. Si tocio va bien no tendrás que hacer natía; si algo va mal… tendrás que matar.

—De acuerdo. ¿Para qué me necesitas ahora?

Forbes repitió los mismos nombres que habían dejado atónito a

Larry la noche anterior:

—Ha llegado un momento decisivo. Hemos de ahorcar a éste.

Señalaba a Sullivan. Y Sullivan estaba tan tranquilo, como si la cosa no fuera por él.

—Supongo —dijo Larry— que se trata de una comedia.

—Naturalmente que sí. Sullivan nos hace falta. Todo su trabajo consistirá en dejar que se le ponga la soga al cuello, y de lo demás nos encargaremos nosotros.

—¿A quién esperan convencer con esa farsa?

—A un general llamado Bikanian. ¿Le ha oído nombrar?

—Sí. Es el jefe militar de esta zona.

—A Bikanian le hemos expuesto un plan, esta mañana y le hemos convencido de que debe desarrollarse puntualmente, sin que él pueda modificarlo. Paro no hay duda de que luego habrá empezado a dudar y a dar cien vueltas a este asunto. ¿Le habremos dicho la verdad? ¿Serán honradas nuestras intenciones? Le hemos de dar una prueba tajante e indudable de nuestra buena fe. Algo que le convenza para siempre y le ponga en nuestras manos.

—Y esa farsa que vais a organizar con Sullivan ha de convencerle, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Decidme qué he de hacer.

—Hemos citado a Bikanian, que vendrá aproximadamente dentro de media hora. Entretanto tú habrás desaparecido, situándote cerca de la valla para intervenir si hay alguna dificultad. Sólo tendrás que acudir en el caso de que yo te llame. Ataremos a Sullivan y, cuando aparezca Bikanian, le diremos que es un traidor y que trataba de fugarse para revelar nuestro plan a unos bandoleros. Insistiremos en ahorcarle inmediatamente, para eliminar ese peligro. ¿No te has fijado en que hay un árbol junto a la valla, muy cerca de donde está amarrado aquel alazán? Pues allí lo llevaremos para ahorcarlo. Como estaremos nosotros solos y Bikanian, no será difícil descuidamos en el momento oportuno y facilitar la fuga. Halloran estará al otro lado de la valla, con su rifle, apuntando a través de una pequeña abertura que intencionadamente ha preparado. Disparará, segando la cuerda, y huirá con Sullivan en el caballo que tienen dispuesto. Naturalmente, esto convencerá a Bikanian de dos cosas: La primera, muestra buena

fe, y la segunda, de que hay que obrar inmediatamente, antes de que los que han salvado a Sullivan puedan preparar un plan. No dejar tiempo al Mando para pensar, eso es lo que no interesa. Nuestro proyecto no tiene un fallo. Pero si empiezan a meditar y a darle vueltas, encontrarán cosas que son sospechosas. Todo depende de la rapidez, Larry. De modo que prepárate.

—¿No fallará Halloran con su rifle? —preguntó el pistolero—. Eso es importantísimo.

—Halloran nació con un rifle en las manos, amigo. No puede fallar, pero de todos modos está tú atento.

—Bien —dijo Larry. Aquella palabra seca y lacónica parecía ser su favorita.

Hizo un saludo, llevándose la mano derecha al ala del sombrero, y salló del barracón tras convencerse de que no había nadie por las cercanías. Seguro de no ser visto, saltó otra vez la valla de troncos, acarició el lomo del alazán que ya estaba preparado, y fue a tenderse entre unos arbustos que estaban a unos quince pasos, desapareciendo completamente entre ellos. Al cabo de unos minutos vio saltar a Halloran, quien acarició también al alazán, montó su rifle y se apostó cerca de una pequeña abertura que había en la pared de troncos, y sobre la cual se veían asomar las ramas de un árbol.

Entretanto, en el interior del barracón. Forbes y Lambert habían atado a Sullivan a una silla, destrozándole la guerrera como si hubieran tenido que sujetarle a la fuerza.

—¿Asustado, Sullivan? —preguntó el falso coronel.

—No me hace ninguna gracia esto, diablos. ¿Seguro que Bikanian vendrá solo?

—Seguro. Le hemos enviado un mensaje diciendo que se presentará aquí sin tardanza para un asunto muy importante y secreto.

—¿No va a fallar nada, Forbes?

—Somos nosotros los que te hemos de ahorcar, ¿no? Nadie tirará de la cuerda y además, Halloran estará a dos pasos con su rifle. Por fuerza tiene que acertar a la soga. El caballo está preparado, y nosotros nos encargaremos de evitar que Bikanian pueda dispararte. Fingiremos atolondramiento, sorpresa…, ¡qué sé yo! Pero nada puede fallar, Sullivan, y a cambio de esto tendrás

cien mil dólares en oro. En realidad, serás el que corra menos peligros de todos nosotros, porque después de lo de hoy todo tu trabajo habrá terminado. Al desierto y… ¡luego a Tucson, a cobrar!

En aquel momento oyeren el ruido de los cascos de un caballo que se acercaba a galope. Forbes empezó a abofetear a Sullivan sin compasión, haciéndole oscilar la cabeza de un lado a otro.

Bikanian entró de repente y sorprendió la escena.

—¡Quieto, coronel!

Forbes se detuvo, jadeando como una bestia.

—¿Qué ocurre, coronel Gaylor? —preguntó Bikanian plantándose en el centro de la habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Y lo pregunta? ¡Ya ha sucedido lo que había temido durante tanto tiempo, lo que no habría deseado ni pensar! La tentación ha sido demasiado fuerte y este hombre ha intentado huir. ¡Conoce ya nuestro plan y trataba de ponerse en contacto con cualquier grupo de forajidos! ¡Habría sido el mayor atraco de la historia de Texas!

—Hay que acabar con él —dijo Bikanian—. Sin consideraciones.

—¡Maldita sea! ¿Y qué cree que estaba pensando yo?

Volvió a abofetear a Sullivan, que lanzaba maldiciones en voz baja. Bikanian dijo:

—¿Dónde está el otro, el soldado Callahan?

—Le he ordenado que fuese en busca de usted para darle prisa. Han debido cruzarse por el camino y no tardará en regresar. ¡Pero vamos a ahorcar de una vez a este hombre! ¡No hay tiempo que perder!

Bikanian no vaciló, porque era demasiado importante lo que se jugaba. Dijo sencillamente:

—Hace falta una cuerda.

—Aquí hay una —indicó Forbes—. Ésta puede servir.

En efecto, en la habitación había una vieja soga que debió haber servido para atar troncos de la empalizada. A Bikanian no le pareció sospechoso el que el coronel sudista la hubiese encontrado tan rápidamente. Avadó a Lambert y a Forbes a sujetar a Sullivan, que se debatía desesperadamente, como si aquello no fuese una comedia, y entre los tres, a puntapiés y empellones, lo sacaron al exterior.

—Sería más honrado pegarle un tiro —indicó da repente

Bikanian.

—¡Nada de eso! —gritó Forbes—. ¡Quiero escarmentarle, general! ¡Los traidores no merecen ser tratados con arreglo a las leyes militares, sino que deben morir como bandidos!

La soga fue lanzada por encima de una rama del árbol que estaba inmediato al barracón número tres.

Halloran, desde el otro lado de la empalizada, preparó su rifle y se mordió los labios nerviosamente.

—¡Al diablo! —gritó Forbes—. ¡Arriba con él!

Sullivan lanzó un grito y una sarta de maldiciones, sin pronunciar una sola vez la palabra «inocencia». Por el contrario, representó estupendamente su papel de bandolero que muere rabiando. Sus ojos, en el último instante, fueron hacia el agujero de la empalizada desde el que sabía que estaba apuntando Halloran.

Y Halloran, en ese momento, unos segundos antes de que los hombres tiraran de la soga, empezó a disparar.

Tenía el grupo a tan poca distancia que normalmente debía haber partido en dos aquella soga que sus compañeros se esforzaban por mantener rigurosamente tensa y quieta. Un blanco como aquél no lo hubiera fallado nunca en condiciones normales, pero Halloran tenía un importantísimo defecto para aquella clase de trabajos: era un novato y le faltaba seguridad, aplomo. Sus tres primeras balas, que disparó con una velocidad meteórica, se perdieron en el vacío.

Forbes lanzó una maldición, y Bikanian, que no era un novato, sacó inmediatamente su revólver.

—¡Alguien trata de salvar a este hombre! ¡Cuidado!

Fue a disparar contra el condenado, pero Forbes y Lambert lo protegieron con sus cuerpos, fingiendo que se atolondraban. Halloran, más nervioso todavía, hizo tres nuevos disparos, pero también falló.

Lambert y Forbes tuvieron en la punta de la lengua unas maldiciones tan salvajes que no se atrevieron a decirlas.

Como protegían el cuerpo de Sullivan para que Bikanian no le disparase una bala a quemarropa, no pudieron preocuparse del entramo de la soga, que quedaba libre. Y sólo se dieron cuenta de la terrible que había llegado a ser la situación cuando Bikanian gritó:

—¡No podemos perder tiempo! ¡Arriba con él!

Sullivan lanzó un grito de agonía, mientras la cuerda ceñía su

cuello y sus pies eran violentamente separados del suelo. Las maldiciones que Forbes y Lambert habían tenido en la punta de la lengua brotaron ahora, incontenibles y salvajes. Bikanian, un hombre robusto, tiraba con todas sus fuerzas. Y en ese momento, Larry Topeka, que había corrido como un loco los quince pasos que le separaban de la empalizada al ver que Halloran fallaba sus tiros, apareció por encima de los troncos e hizo fuego una sola vez, con su revólver. La cuerda fue limpiamente segada.

Sullivan cayó pesadamente a tierra y no hizo ni siquiera el gesto instintivo de llevarse las manos al cuello, donde apretaba la soga. Ésta debía haberle hecho estallar ya los vasos del cerebro. Estaba muerto.

Forbes se lanzó sobre él y le aflojó la soga, mientras Bikanian disparaba como un loco contra la empalizada donde ya no estaban ni Halloran ni Larry Topeka.

Todo el acuartelamiento se había puesto en pie de guerra, al oír los disparos, y a unas quinientas yardas se escuchaban ya las cornetas que anunciaban la salida inminente de una patrulla de Caballería.

En el exterior de la empalizada, Larry sujetó a Halloran por la camisa, y de un sordo revés con la mano derecha le partió los labios, dejándoselos bañados en sangre.

—¡Imbécil! ¡Granuja!

Halloran gemía entrecortadamente. Larry lo empujó hacia el caballo.

—¡Huye!

Halloran ni siquiera pensó en su compañero, quien sin duda sería cazado por los de la Caballería y fusilado en el acto. En este momento estaba dominado por el terror y sólo pensaba en huir. De un salto se encaramó a la silla y clavó sus espuelas hasta el fondo en los flancos del animal, obligándole a emprender una feroz galopada.

Larry Topeka, quien ya no tenía posibilidad de huir, corrió hacia los matorrales donde antes estuviera oculto y se zambulló en ellos como un desesperado que desde un acantilado se arroja al agua.

Varios jinetes salieron al galope por una lejana puerta de la empalizada. Vieron a gran distancia el caballo de Halloran, que se difuminaba ya entre las sombras del crepúsculo, y salieron en su persecución disparando como condenados.

Mientras tanto, al otro, lado de los troncos, Forbes y Lambert se encontraban en la terrible necesidad de disimular su ira para no echarlo todo a rodar. Si Bikanian se daba cuenta de que allí ocurría algo, su propio plan se pedía venir contra ellos, y los proyectos tan trabajosamente elaborados terminarían a la sombra de una horca.

Forbes pensaba tan sólo en su hija inválida, cuando se irguió, después de contemplar a Sullivan, y dijo:

—Bueno, afortunadamente hemos cazado la pieza más grande. El principal traidor está aquí, muerto. ¿Qué medidas toma usted para capturar a los otros, general?

Bikanian, incapaz de seguir el ritmo de los veloces acontecimientos, estaba al borde del paroxismo.

—¡La Caballería ha salido ya! ¡Los cazaremos! ¡Todo esto era un complot, un maldito complot para salvar a este hombre!

Forbes aprovechó el excelente momento sicológico para decir:

—Esto indica que no podemos perder tiempo, general. Si nuestro plan llega a divulgarse, todo estará perdido. Es absolutamente necesario que mañana mismo yo parta hacia Alamillo provisto de los documentos. Un día de retraso puede ser fatal.

—No habrá retrasos, ¿entiende? ¡No habrá ni un solo minuto de retraso! ¡Mañana saldrá usted de aquí y yo comenzaré a preparar inmediatamente a los hombres que han de recoger el oro! Les juro que…

—A sus órdenes, mi general. Se presenta el teniente Wendix. ¿Alguna medida especial para perseguir a esos hombres?

—Registren casa por case toda la ciudad de Dallas. Es seguro que se habrán refugiado allí.

—Recuerde, general, que ni siquiera conocemos a esos hombres —musitó Forbes con un oculto suspiro.

—Tengo muy controlada la ciudad. Mis soldados darán con ellos en seguida. Ya lo verá.

Se volvió hacia el teniente Wendix y ordenó:

—Disponga lo necesario para que este hombre sea cristianamente sepultado. Nada de honores militares, pero sí el máximo respeto. ¿Entendido?

—Entendido, mi general.

Wendix hizo una seña a dos soldados, quienes se acercaron para retirar el cadáver de Sullivan. A Forbes y a Lambert la rabia les

subía materialmente a la garganta. El primero dijo:

—Tal vez podamos ayudar en algo, señor. Hemos visto a uno de esos hombres mientras disparaba desde la parte superior de la empalizada. ¿No podríamos ir a Dallas para ayudar a sus soldados?

—Me parece una idea razonable. Pero tengan cuidado y no se expongan. ¡Wendix! ¡Facilite caballos a estos oficiales!

Unos momentos después Forbes y Lambert cabalgaban, devorados por una terrible rabia interior, en dirección a la ciudad de Dallas.

* * *

No se equivocaban.

Halloran, después de su fracaso, no puso ni un adarme de inteligencia en sus actos, e hizo todo lo que hubiera hecho un estúpido novato. Se dirigió a galope a Dallas, llegó al hotel donde estaba hospedada Lena y subió a la habitación de la muchacha sin importarle llamar la atención y sin pensar en que todo el mundo le reconocería más tarde gracias a su destrozado uniforme sudista.

Llamó nerviosamente a la puerta de la habitación, y Lena le abrió con una expresión de recelo en los ojos.

—¡Fred! ¿Qué ocurre?

—¡Debemos huir, Lena! ¡Hemos de huir de aquí!

—Pero ¿por qué? ¿En qué clase de lío estáis metidos? ¿Qué es lo que realmente sucede?

—Cierra la puerta.

Lena la cerró, y Halloran, sudoroso, jadeante, se apoyó en la hoja de madera. Sus dientes castañeteaban hasta hacerle temblar la mandíbula, y en este momento el mirarla causaba verdadera pena.

Pero Lena, que lo quería, no se fijó en nada de esto, y pensó tan sólo que Halloran estaba en peligro de muerte.

—¿Quién te persigue?

—Un escuadrón de Caballería, una patrulla… ¡No lo sé! Hasta hace poco he llevado tras los talones a docenas de jinetes. Hablo completamente en serio, Lena. ¡Hemos de huir de aquí!

Lena reflexionó con más frialdad que el hombre.

—¿Has dejado el caballo en la puerta?

—Sí…, sí…

—Eso es una locura. Si pasan por aquí y lo ven puedes

considerarte perdido. ¡Ve a ocultarlo en alguna parte!

Halloran, temblorosamente, apretó los brazos de la muchacha.

—Pero prométeme que huirás conmigo, Lena.

—Si no huyo contigo, ¿adonde iba a ir? ¿Qué iba a hacer yo sola en Dallas? Vamos, Fred, preocúpate de lo del caballo y vuelve dentro de unos instantes. Yo prepararé, entretanto, lo más indispensable.

Halloran iba a salir por la puerta, pero ella se lo impidió.

—Por la ventana. Está a poca altura.

—Tienes razón.

Halloran saltó por ella, cayendo a un callejón lateral. Y en este momento, tíos zarpas que parecían de hierro, se abatieron sobre él.

Mientras los de Caballería, desorientados por completo, buscaban en todas direcciones. Forbes y Lamber t habían sabido adonde dirigirse. Sus puños se abatieron una y otra vez sobre Halloran, que cayó al suelo con las facciones bañadas en sangre.

—¡Maldito novato!

—¡Tú has matado a Sullivan!

Forbes le descargó un puntapié en las costillas, y Lambert le repasó el cuello con sus espuelas. El castigo era brutal, pero si Halloran hubiese estado más atento, se habría dado cuenta de que aquellos dos hombres no intentaban matarle. Sólo querían desahogar en él su rabia.

Pero el miedo pudo más, y desde el mismo instante de caer al suelo, Halloran ya sólo pensó en sacar el revólver.

—¡Levántate! —dijo Forbes.

Halloran se levantó, temblando.

—¡No eres más que un cochino cobarde! —gritó Forbes—. ¡Mereces esto! ¡Y esto! ¡Y esto!

Mientras hablaba, le golpeaba salvajemente en el mentón, en la boca, en los ojos. Sus golpes implacables iban destinados a hacer daño, pero no a lastimar de verdad. Halloran, no obstante, sintió que le dominaban a un tiempo la desesperación y la furia.

Sacó el revólver.

—¡Cuidado! —gritó Lambert.

Forbes tuvo el tiempo justo para arrojarse a tierra, y, aun así, la bala le atravesó un borde de la guerrera. Mientras Lambert intentaba «sacar», Halloran corrió hacia la salida del callejón

disparando furiosamente.

Y habría matado a los dos hombres, que no acertaban a reaccionar, si en aquel momento no hubiese aparecido alguien a la entrada del callejón.

El que apareció fue Larry Topeka.

Venía sudoroso y jadeante, pero se hizo cargo instantáneamente de la situación. Su revólver pasó de la funda a la mano como por arte de magia. Hizo un solo disparo, y el arma que Hall, un empuñaba saltó hecha pedazos por los aires, sin a su dueño sufriera más que un leve rasguño.

—¡Quietos! —ordenó Larry.

Pero Lambert ya no podía contenerse. Lambert había visto morir a Sullivan, no por culpa de aquel novato que luego había intentado asesinarle a los dos, y ya no quería perdonar el que Larry pudiera impedirlo, envió dos balas a la cabeza de Halloran.

—Éste cayó al suelo, con el cráneo atravesado, y en el callejón se hizo entonces un espantoso silencio.

Los tres hombres se preguntaron a un tiempo si los disparos habrían llamado la atención. Pero tuvieron la suerte ele que no sucediese así. La ciudad de Dallas, asombrada por el aluvión de soldados de Caballería que acababa de entrar en su calle principal no prestó atención a unos cuantos disparos.

—Lamento que este muchacho haya muerto, Larry —musitó Forbes—. Pero, de todos modos, tú nos has salvado la vida.

—¡Era un cerdo! —gritó Lambert—. ¡Un condenado cobarde!

—¿Murió Sullivan? —preguntó, ante todo, Larry.

—Sí, muchacho. Tu intervención, segando la cuerda, ya no sirvió para nada. Sullivan ha muerto y en estos instantes debe estar siendo enterrado por los «guerreras azules». ¿Cómo has podido escapar tú?

—Los perseguidores estaban tan obsesionados con el caballo de Halloran, que no registraron los arbustos cercanos a la empalizada. Apenas los vi desaparecer, y aprovechando el crepúsculo, vine hacia aquí. Como yo había visto antes de cerca el alazán que ahora está parado en el hotel, me he detenido precisamente en este lugar, cuando sonaba el primer disparo. Celebro haber llegado a tiempo.

—Hay que sacar de aquí a Halloran —determinó Forbes—. Si lo descubren, todo se vendrá a tierra. Tú y yo iremos a enterrarlo,

Lambert.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Vamos a echar el cuerno detrás de esta pared, y con nuestros caballos daremos la vuelta para recogerlo. Antes de una hora lene que estar sepultado Lambert. ¡Vamos!

Señalaba una pared de roca, muy tosca, que daba a un patio exterior, Larry Topeka les ayudó a hacer saltar el cadáver por encima. Luego, preguntó:

—¿Puedo ayudarles? —preguntó Larry.

—Sí. Halloran tenía una prometida, una muchacha a la que conocía desde niño y que está alojada en este mismo hotel. Se llama Lena. Recuérdalo. Lena Sanders. Tiene que sacarla de aquí para que no cometa una locura.

—¿Adonde la llevo?

—Al lugar donde tuvimos la primera reunión. Permanece allí hasta que recibas instrucciones.

Larry se echó el sombrero hacia atrás, salió del callejón y penetró en el hotel, dirigiéndose al encargado de recepción.

—¿La señorita Lena Sanders?

—Primer piso, habitación 12, señor. Pero no recibe a nadie.

—No importa. A mí me recibirá.

Subió al primer piso y llamó con los nudillos a la habitación número 12.

—Adelante —dijo una voz suave y casi acariciadora.

Larry Topeka entró, y en ese momento un cuchillo rasgó el aire, yendo a su encuentro.

CAPÍTULO VI

UNA MUJER PELIGROSA

Larry Topeka tuvo el tiempo justo para ladearse, cerrando la puerta, y la hoja se clavó tremolante en la madera. De no ser por la mágica velocidad, de reflejos que le había dado una vida siempre expuesta a los peligros, Larry habría corrido en este momento su última aventura.

Desclavó suavemente la hoja, que estaba unida a un mango muy pesado, y la tendió a la mujer que tenía frente a él, una mujer de tan sólo unos veinte años, maravillosamente bien formada, opulenta dentro de su juventud, cuyos ojos, empequeñecidos por el odio, seguían siendo, los más hermosos que Larry Topeka había visto en su vida.

—¿La señorita Lena Sanders? —preguntó.

—Soy yo. —La voz surgió silbante, como el aviso de un reptil, de entre los labios de la muchacha.

—Esto es suyo, supongo. Es el saludo más original y cariñoso que me han hecho en mi vida.

—¡Miserable asesino!

Larry vio abierta una ventana de la habitación. No cabía duda de que la muchacha había sido testigo impotente de toda la escena, o por lo menos, una parte muy esencial de ella. Y ahora, su único deseo era vengar a su prometido, su único deseo era matar.

Larry dijo:

—Tiene que venir conmigo.

—¿Sí? ¿Va a obligarme a ir con usted, hiena de fauces podridas? ¡Intente acercarse a mí! ¡Inténtelo y le atravesaré el corazón con

este cuchillo! ¡He fallado una vez, pero no fallaré la segunda!

Larry se encogió de hombros.

—Únicamente trato de salvarla. Si no viene, será mucho peor para usted. Vamos.

Lena hizo un suave zigzag con el «Bowie», mientras sus ojos brillaban como los de una fiera acorralada.

—Acércate, buitre —susurró.

Larry se acercó. Estaba tan impávido que parecía como si en vez de acercarse a una mujer armada con un cuchillo se aproximase a una niña. En sus ojos había una frialdad absoluta, mortal. Lena se lanzó hacia adelante.

El cuchillo hizo un hábil movimiento, buscando clavarse de flanco en el enemigo, pero Larry Topeka había estado tratando con cuchilleros mexicanos casi desde que nació, y aquella finta fue para él demasiado elemental. Hizo un suave movimiento, levantando la rodilla, y la muchacha falló el golpe, yendo a chocar suavemente contra sus brazos.

Larry le sujetó la mano armada, mientras la inmovilizaba. No hubo en su gesto ninguna brusquedad, y ni siquiera cuando ella le mordió la mano desesperadamente, pareció él alterarse.

—Basta —dijo, al fin.

Obligó a la muchacha a que soltara el cuchillo y la empujó hacia la puerta.

—Compórtate ahora como una verdadera señorita, Lena. Si haces una sola cosa que no me guste, soy capaz de descerrajarte una hala. La única posibilidad que tienes de seguir viva es obedecer mis órdenes.

La violencia de Lena se derrumbó como una torre carcomida en sus cimientos de repente, y la dejó sumida en una ruina total. Todo el nerviosismo que la había sostenido durante aquellas jornadas interminables, todo el dolor y el odio que había sentido al ver a Halloran muerto, se desvanecieron en un instante. De improviso, volvió a ser una pobre muchacha derrotada que estaba sola en Dallas, la ciudad más diabólica de Texas. Sus nervios fallaron y se puso mansamente a llorar.

—Cálmate. Aún hemos de salir de aquí.

Llegaron al comptoir. Lena quedó un poco rezagada, mientras Larry se acercaba al encargado. Preguntó:

—¿Cuánto debe *miss* Sanders?

—Espere, que voy a mi…

—No mire nada. Lo sabe demasiado bien. Dígame cuánto debo o me marcho sin pagar después de descerrajarle un tiro.

—Debe…, debe treinta dólares, señor… Así, a primera vista…

Larry depositó cincuenta sobre el mostrador, y salió con Lena, que hurtaba el rostro a las miradas de todos. Una sola ojeada de Larry bastó para que el encargado se inmovilizase completamente. El hombre y la mujer se encaminaron hacia el caballo que había traído a Larry hasta allí, y que éste dejara oculto antes a gran distancia de los acuartelamientos, entre un bosquecillo.

Larry subió, y ayudó a la muchacha a instalarse junto a él. Lena hacía tantos esfuerzos para no llorar que sus facciones estaban crispadas. Cuando echaron a andar, susurró:

Te cazarán. Te ahorcarán como a un perro.

—No es fácil. No me conocen.

Los militares, en efecto, habían visto de lejos el caballo de Halloran, pero ni una sola vez sus ojos —a excepción de los de Bikanian, muy fugazmente— se habían posado en la figura de Larry Topeka. Éste comenzó a ir al paso de su montura tranquilamente, como el que no desea llamar la atención.

La llamó, pero fue en otro sentido.

—¡Menuda mujer llevas! —gritó uno de la Caballería que pasaba por su lado—. ¡Diablos! ¡La compro con caballo y todo!

—Preocúpate de tus cosas —gruñó Larry, sin mirarlo.

Salieron tranquilamente de la población, sin que los «guerreras azules» descubrieran aún, entre las docenas de caballos que se hallaban ante los amarraderos, el alazán sudoroso que había servido para traer hasta allí al fugitivo Halloran.

Una vez estuvieron fuera de la ciudad y amparados por la noche, Larry puso su montura a galope.

—¿Adonde me llevas?

—A un bosquecillo situado no muy lejos de aquí. Me temo que tendremos que pasar esta noche al raso.

—Eso no me importa. ¿Dónde vais a enterrar a Halloran?

—No lo sé.

La, muchacha comenzó a golpear su pecho rabiosamente, mientras lanzaba sollozos furiosos y entrecortados. Al fin se cansó

de golpear aquel cuerpo que parecía de roca, y vencida otra vez, se puso a llorar mansamente.

Cuando llegaron al lugar acordado, Larry detuvo al animal y ayudó a descender a Lena.

—Aquí es.

—¿Y hemos de permanecer en este lugar solitario? ¿Crees que voy a fiarme? ¿Tan loca me supones?

Larry suspiró con cansancio.

—Mira, muchacha, puedes ser muy bonita y puedes estar muy acostumbrada a que los hombres se vuelvan locos por ti, pero en este caso tus recelos están de más. No pienso rozarte ni con un solo dedo. Estoy lo bastante cansado para que sólo me importe dormir y reponer fuerzas. Te aconsejo que hagas lo mismo.

Estaban uno frente al otro, y los alumbraba la luz espectral de la luna. La luna acababa de aparecer por encima de las lejanas montañas y lo había envuelto todo en su luz fría, silenciosa, limpia. Larry no quiso mirar a la mujer porque le pareció demasiado desgraciada y demasiado hermosa. Volvió la cabeza y apretó los puños. No la miraría en toda la noche. Procuraría olvidarse de que a su 1ado estaba una mujer que tenía los labios más bonitos y el corazón más desgraciado de Texas.

—Haré un poco de fuego —murmuró—. No podemos estar así.

Cortó con las manos unos cuantos arbustos y ramas bajas y los amontonó en el interior de una de las grutas cuya existencia conocía bien, por haberse encontrado allí con los conjurados por primera vez. Prendió fuego, y pronto las llamas chisporrotearon alegremente. Luego Larry se acercó a su montura, le despojó de la silla y descolgó de ésta una bolsa donde había todo lo necesario para preparar café. En silencio, sin mirar una vez a la muchacha, puso a calentar el agua y después arrojó la infusión en el líquido burbujeante. Un grato olor se extendió entonces por el bosquecillo, tan quieto y solitario cerne si ellos dos fueran los primeros pobladores del mundo.

Lena, poco a poco, castigada por el viento frío de la noche, se fue acercando a la fogata. Larry vio brillar sus ojos, donde temblaban las lágrimas, y notó a través del aire el temblor obsesionante de sus labios.

Después de colar el café, tendió un pocillo a la muchacha.

—Toma. Te sentará bien.

Ella aceptó. Sus manos temblaron al contacto del metal. Se puso a beber poco a poco, con la mirada perdida, y sin que de sus ojos desapareciera aquel extraño brillo. Hubo un momento en que de sus párpados resbaló una lágrima, yendo a caer en el líquido negro. Entonces, Lena cerró los ojos fuertemente y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Muchos años con Halloran? —preguntó Larry, suavemente.

—Muchos. Nos conocíamos desde niños.

Ella no le miraba al contestar, y sus ojos parecían perdidos en las contorsiones palpitantes de la hoguera.

—¿Novios? —siguió preguntando Larry.

—Pensábamos casarnos cuando…, cuando todo terminase.

—¿Qué es lo que tenía que terminar? ¿Te explicó él sus planes?

—Sólo me dijo que iba a ganar mucho dinero. Que pronto seríamos lo bastante ricos para mirar sin inquietudes el porvenir. Tanto Fred Halloran como yo habíamos sufrido mucho. La guerra destruyó nuestras casas, los dos perdimos a nuestros padres y…

—¡Ah, ya!

La vez y la expresión de Larry eran de completa indiferencia.

—¿Por qué me preguntas si no sientes el menor interés? ¿Por qué finges compasión tú, un miserable asesino?

—En algo hay que pasar la noche, ¿no?

Ella escupió con todas sus fuerzas, queriendo alcanzarle, pero la saliva se ahogó entre las llamas de la fogata.

—Tú te llamas Lena, ¿verdad?

—Ése es mi nombre. ¿Y el tuyo?

—Larry. Me llamo Larry Topeka. He sido el elemento más podrido en las ciudades más podridas del Oeste, y no hay crimen, infamia, traición o villanía que no haya cometido. ¿Está bien así? ¿Te sientes más satisfecha?

—¿Dónde enterrarán a Fred? —preguntó ella, tenazmente.

—No lo sé, muchacha. Supongo que no lejos de aquí. Cuando todo esto termine, ya te indicaremos su tumba.

—¡Cuando todo esto termine!

Lena tuvo un acceso de desesperación, crispó los dedos y estuvo a punto de abalanzarse sobre el hombre, pasando incluso por encima de la hoguera. Pero en ese momento oyeron ruido de

caballos que se aproximaban desde la ruta que conducía a Dallas.

—Pueden ser los «guerreras azules» —silbó Larry—. Procura estar callada y no cometas ninguna imprudencia, muchacha, porque lamentaría tener que hacerte un adorno redondo en la piel.

No eran los «guerreras azules», sino Forbes y Lambert. Los dos venían sudorosos y cubiertos de polvo, a causa de la galopada. Desmontaron junto a la hoguera y aceptaron el pocillo de café que les tendió Larry, bebiendo unos tragos en silencio.

—¿Alguna novedad? —preguntó Larry, al fin.

Los dos hombres evitaban mirar a Lena.

—Hemos enterrado a Halloran. No nos ha visto nadie y después de la ceremonia hemos venido inmediatamente hacia aquí. Quería felicitarte, Larry, otra vez —susurró Forbes—. De no ser por ti…

—¡Bah!

Larry notaba que los ojos de Lena llameaban de odio y quería desviar la conversación a toda costa.

—¿Habéis tenido que modificar vuestros planes? —preguntó en seguida.

—No, La muerte de Sullivan ha sido terrible, pero ha servido para demostrar a Bikanian que nuestras palabras son ciertas. Ahora se fiará sin ninguna vacilación, y por otra parte, no tendrá tiempo para hacer otros planes que substituyan a los nuestros. En realidad, y a pesar de todo lo sucedido, estamos en un momento favorable.

—¿Cómo pensáis explicar la ausencia de Halloran? —preguntó Larry.

—Dándolo por desaparecido. Puede haber desertado, pueden haberle dado muerte… Será un factor más para hacer comprender a Bikanian que no hay que perder tiempo.

—No conozco al dedillo vuestros planes, pero… ¿y si él decide ir por el camino recto y envía a la posición de Alamillo unos cuantos escuadrones de Caballería?

—Sabe que habría una matanza, y, además, yo me encargaré de advertírselo en cuanto huela la menor intención de hacer eso. La guerra ha terminado, Larry, y no es conveniente para la carrera de un general enviar a la muerte, por una corazonada, a mil o mil quinientos hombres. Definitivamente, Bikanian no hará eso. Un hombre razonable y que conozca su oficio no puede optar por otra solución, que seguir nuestras indicaciones.

—¿Qué debo hacer yo?

—Para hablar de eso hemos venido, despreciando el riesgo —dijo Forbes, pensativamente—. Eres un elemento muy útil, Larry, y celebro haberte llamado. Tienes que seguirnos a una distancia de medio día de marcha. Nada más que eso. Y llevar contigo a Lena.

—¿A Lena? ¿Para qué?

Larry parecía sinceramente alterado y como si aquella noticia le hubiera producido la peor de las sensaciones. Dijo, masticando las palabras:

—¿Cómo diablos voy a llevar conmigo a una mujer así?

—Tú eres un verdadero profesional del gatillo, Larry, y perteneces a ese admirable grupo de hombres que cuando les conviene ignorar a una mujer la ignoran. Sé que atravesarás el desierto sin preocuparte de ella. Olvídate de que es hermosa, pero no dejes de vigilarla.

—¿Por qué no la dejamos aquí? ¿Qué sabe, en realidad, de nuestros planes?

—Todo lo que Halloran haya querido contarle. Y visto cómo era Halloran, no voy a fiarme demasiado. Además, Lena nos odia ahora y sería capaz de cualquier cosa.

La mirada asesina de la muchacha demostró a Forbes que sus temores eran bien fundados.

—¿La ruta a seguir? —preguntó Larry.

—Ésta.

Forbes extrajo de un bolsillo de su guerrera un manoseado mapa de Texas y lo extendió a la luz de la fogata. Sobre las zonas más desérticas había trazada una línea quebrada que llevaba a un punto donde con lápiz había escrito Forbes: «Alamillo».

—Retén en tu memoria todos los accidentes del terreno —susurró el falso coronel—. Seguiremos exactamente esa ruta. Nuestras huellas también te servirán de guía.

—Bien. ¿Cuál es mi misión?

—Llegar a los lugares seis horas más tarde que nosotros. O doce horas, como máximo. Si estamos en algún peligro, tú vendrás a ayudarnos, en el supuesto de que hayamos podido resistir todo ese tiempo. Si no ha ocurrido nada, cuando tú estés llegando a Alamillo, nos tropezaremos porque nosotros ya vendremos de regreso, y a partir de ese momento seguiremos juntos. Tu misión

consiste ni más ni menos en ser un hombre que llegue a tiempo. Justo lo que has sido hoy.

Larry terminó pensativamente su pocillo de café.

—De acuerdo. ¿A qué hora partís?

—Como máximo, mañana al mediodía.

—Yo partiré al anochecer, seis horas más tarde. No os durmáis porque llevaré buenos caballos.

Forbes se puso en pie y pareció otear nerviosamente la distancia.

—No estamos seguros aquí. Pueden llegar los de la Caballería, y para nosotros sería un compromiso contestar a, sus preguntas. Tú no tienes que moverte, Larry. Y ojo con la chica.

Lena alzó hacia los hombres sus ojos negros y profundos, parecidos a los de una mexicana.

—¿Quién disparó contra Halloran?

—Fui yo —dijo Lambert, tras un instante de vacilación—. Yo mismo, y no lo lamento. Halloran era un maldito novato.

—Tú también eres un novato, Lambert —susurró ella—. También lo eres, aunque ahora no lo creas. Y morirás como murió Halloran, pero a manos de una mujer como yo.

Lambert se encogió de hombros.

—Espero tener la suerte de que no volvamos a vernos. Pero ten cuidado tú también, Lena. Lamentaría tener que hacer contigo lo mismo que hice con Halloran.

—Os mataré a todos —silbó Lena, temblando convulsivamente —. ¡A todos, uno tras otro!

Larry miró a los dos hombres.

—Largaos. Será mejor.

Forbes y Lambert volvieron la espalda y unos instantes después se oía el trotar de sus caballos mientras se alejaban por la llanura en dirección a Dallas. Al llegar a la ruta torcieron hacia la derecha para encaminarse hacia los acuartelamientos que cerca de la ciudad tenía el victorioso ejército del Norte.

Larry, al quedar solo con la muchacha, se aproximó a ella llevando entre las manos la manta que había bajo la silla de su caballo.

—Toma. Las noches son frías aquí.

Ella se cubrió, alejándose un poco de la hoguera. Sus ojos brillaban en la semioscuridad como los cíe una gata salvaje. Larry,

que había visto frente a él docenas de ojos enemigos a lo largo de su vida, tuvo que reconocer que quizá nunca se había sentido tan impresionado como ante los ojos de esta mujer.

Se tumbó al otro lado de la hoguera, sin querer mirarla. Cerró los ojos y entonces sintió confusamente que Lena gateaba hacia él. Se movía, igual que un reptil, con una suavidad y una astucia que sólo podían imaginarse en su cuerpo ágil y cargado de odio. Larry sintió que, bruscamente, alguien hacía rebrillar sobre su cabeza la hoja de un cuchillo «Bowie», y recordó que Lena aún tenía el que él le devolviera en la habitación. Le sujetó la muñeca, vio a la luz incierta de la fogata, el rostro crispado dé Lena, y sin soltarla, la besó suavemente en los labios.

El cuchillo cayó sobre su rostió, pero sin hacerle daño. Lena se puso a gemir.

Larry la soltó entonces, guardando el «Bowie». El suave perfume de la mujer parecía llenar la noche entera. El pálpito de sus labios hacía palpitar el aire.

El se volvió de espaldas, sin querer Mirarla, sintiendo algo que no había sentido nunca y emprendiendo que ya no podría dormir en toda la noche. Dentro de su propio corazón parecía como si un coyote aullase en la lejanía.

Capítulo VII

DOS SORPRESAS

Al mediodía siguiente, el general Bikanian se presentó con toda puntualidad en el barracón número tres, donde seguían instalados los Militares sudistas. Un oficial con sable y revólver cargado, le escoltó hasta la puerta.

Una vez en el interior, paseó sus ojos por la habitación, donde Forbes y Lambert ya parecían dispuestos para la marcha.

—¿Dónde está su soldado, coronel? —preguntó Bikanian.

—Ha debido sufrir una emboscada o ha desertado, señor. No he tenido noticias de él desde ayer tarde.

—¿Por qué no me lo ha comunicado?

—Por no complicar las cosas, señor. Ignoraba si sería prudente dar cuenta de esa desaparición.

Bikanian frunció el entrecejo.

—No me gusta nada todo esto, coronel. Ayer sucedieron tantas cosas que me temo que estemos a punto de caer en una trampa. Me parece absolutamente necesario que fuercen la marcha y estén en Alamillo dentro de dos días. De lo contrario, puede que nuestros planes fracasen.

—He estado recomendando urgencia desde que puse los pies en Dallas —dijo Forbes, tratando de disimular una sonrisa de satisfacción.

Bikanian extrajo un sobre lacrado de uno de los bolsillos de su guerrera y lo tendió a Forbes, quien lo tomó con manos no demasiado firmes porque sabía que aquel documento iba a poner en su poder la fortuna más importante de Texas.

—He aquí la garantía de que sus tropas serán tratadas con respeto, coronel, y de que se las licenciará sin ninguna ciase de impedimentos. A cambio de ello, el administrador civil de esa fortuna debe ponerla en sus manos para que la traslade al lugar prefijado. Nosotros estaremos allí a partir de pasado mañana, aguardando. Y a unas cinco millas de distancia de ese punto situaré dos escuadrones de Caballería.

—Me parece muy prudente, señor.

—Naturalmente —rió Bikanian—. Imagino que no se largará usted a México con esos carromatos con oro.

—De haber querido hacerlo, no me hubiese complicado tanto la vida, general. Bastaba ponerme de acuerdo con algunos soldados o con el administrador para largarme de Alamillo con los carromatos.

—Claro, tiene razón. Ha sido una broma.

Nunca había estado Bikanian tan cerca de la verdad, sin sospecharlo. En lo único que no había acertado era en lo de México, pues Forbes y los suyos pensaban trasladarse a Arizona al parecerles un Estado donde no había control. Todo lo demás, Bikanian lo había adivinado. Pero cuando sonrió amigablemente al falso coronel, estaba muy lejos cíe sospecharlo.

—Buena suerte —dijo, cuadrándose.

—Gracias, mi general. Y le ruego dé una batida por si encuentra al soldado fugitivo. Es un peligro que tenemos sobre nuestras cabezas.

—Así lo haré. No olviden el punto de reunión, ni se dejen engañar por las llanuras de Texas. Pasado mañana estaremos allí. Y para prevenirles contra cualquier sorpresa, haré que mis soldados patrullen discretamente por todo el territorio.

—¡Oh, no es necesario, general!

—Lo es. No quiero pensar lo que sucedería si les atacasen unos forajidos.

Saludó, llevándose la mano derecha a la gorra, y Forbes correspondió cíe igual modo. Instantes después, los tres hombres salían del barracón. El ayudante se cuadró ante ellos.

—¿Están listos los dos jinetes que han de acompañarles? —preguntó Bikanian.

—Aguardan fuera de la empalizada, señor.

En efecto, al salir de ésta por una puertecilla, vieron ya a dos

oficiales armados y dispuestos sobre sus monturas, sujetando tres corceles más de la mejor estampa. Bikanian indicó:

—Debe quedarse un caballo. Buena suerte, caballeros.

Los hombres montaron e instantes después emprendían el trote largo en dirección Sur. El grupo pasó por una zona donde las gentes que aún no tenían domicilio en Dallas habían instalado sus tiendas de campaña, y Forbes vio a su hija que trabajosamente trataba de caminar apoyándose en dos muletas. El falso coronel cerró los ojos y ladeó la cabeza para que ella no le reconociera. Pero ella le miró en silencio, y durante millas y millas, Forbes creyó sentir aún en la nuca el contacto caliente de la mirada de su hija.

Cuando, se internaron en la llanura pelada y desértica de Texas, poco podían sospechar que su plan no había salido bien, y que dos enemigos iban tras sus huellas.

El primero de esos dos enemigos resultó ser un hombre al que no conocían. Se llamaba Waldo Nosa, tenía treinta años, el cabello rubio, la mirada azul y limpia y la conciencia negra y sucia. Su especialidad era el cuchillo, pero seis meses antes había ganado dos concursos de tiro con rifle en competencia con los mejores gatilleros de Texas.

Ese hombre, Waldo Nosa, vivía en el saloon de Bárbara Heston, una rubia algo mayor que él, con mucha historia a sus espaldas, mucha seducción en su sonrisa y en su corazón un convencimiento pleno de que los hombres sólo sirven para ser engañados, a excepción de Waldo Nosa.

Waldo y Bárbara eran novios desde hacía tres meses, si se emplea la palabra «novios» en un sentido no demasiado limpio. Pero Bárbara seguía haciendo su vida normal, cantando su número en el escenario del saloon, conversando con los clientes y asistiendo a las partidas de naipe que se jugaban en su garito, cuando las cifras apostadas eran lo bastante importantes para despertar su codicia. Pero ello, una gran parte de los hombres de Bailas consideraban que su noviazgo con Waldo Nosa no pasaba de ser un estúpido rumor, y hacían la corto a Bárbara.

Uno de los que se encontraban en este caso era el comandante Howe, ayudante del general Bikanian.

Aquella mañana, poco después de la marcha de los cuatro jinetes hacia el Sur, Howe se presentó en la pequeña finca de recreo que

Bárbara tenía en las afueras de la población, y donde ésta le había dado una cita.

Naturalmente, Howe llevaba el uniforme recién planchado, las betas bien brillantes, la gorra convenientemente ladeada, y montaba el caballo más lustroso.

Bárbara le recibió sola en la habitación principal de su finca, y estuvieron media hora juntos sin que nadie les molestase. En esa media hora, no ocurrió nada que Howe pudiera contar luego a sus amigos, porqué Bárbara era una mujer llena de experiencia y que sabía guardar las distancias. Pero dio con ello tiempo a que llegara Waldo Nosa, quien estaba citado también, y no por casualidad.

Waldo Nosa llegó con Cinco pistoleros. Se acercaron todos cautelosamente a la casa y dejaron los caballos a unas cien yardas de distancia. Cuando entraron estaban ya completamente seguros de que Howe no iba a poner resistencia.

Instantes después, se oían en el interior dos disparos, que bastaron para herir levemente al oficial y dejarlo inutilizado pero durante una hora, se estuvieron percibiendo los gritos de un hombre a quien torturan y que, sin embargo, se niega a hablar.

Pero al cabo de una hora, Howe dijo todo lo que sabía, y eso precipitó su fin. Waido Nosa, sin ninguna clase de contemplaciones, le clavó una bala entre las cejas.

—Hay que enterrarlo —dijo a Bárbara Heston—. ¿Conoces algún lugar donde no puedan hallarlo?

—Hice abrir anoche una sepultura —dijo la mujer—. Todo está dispuesto.

Y bastó media hora para que el oficial, a quien habían despojado de sus botas para abrasarle las plantas de los pies, yaciera dos metros bajo tierra. Waido Nosa fue a la bodega de la casa, destaponó de un balazo una botella de licor y empezó a beber dejando que el líquido se escurriera por su camisa.

Bárbara fue junto a él.

—Buen trabajo, muchacha —silbó Waldo.

—Sabes que ye siempre trabajo bien. ¿Y tú? ¿Lo tienes ya todo dispuesto?

—Todo, aunque en realidad ha faltado un detalla. Me hacía falta un pistolero de absoluta confianza, uno de esos hombres que saben dar solos un golpe como éste. Si a mí me hieren… ¡Diablos, esos

mojigatos no sirven para nada! Cuando tú me dijiste que Howe te había explicado que el general Bikanian tenía algo muy importante entre manos, hice venir a un pistolero llamado Jim, por lo que pudiera suceder. Era todo un tipo, pero lo balearon en un parador a la entrada de la ciudad. Dicen que fue un tipo llamado Larry Topeka. Me gustaría tenerlo delante durante diez segundos nada más.

Bárbara Heston entrecruzó los dedos, en la apacible actitud de una ama de casa que sólo tiene buenos pensamientos.

—¿Necesitas más asesinos, Waldo?

—¡Oh, no! Cinco pistoleros me bastarán para esto. Pero si quieres prestarme alguno de los matones del saloon, nunca vendrá mal, si es de absoluta confianza.

—Te prestaré a Bob y a Marión. Sabrían arrancar a cien pasos la cabeza de un alfiler, y si les prometes oro se dejarán enterrar en la arena. Dentro de una hora estarán dispuestos. ¿Cuándo pensáis partir?

—Dentro de treinta minutos.

—Pues en ese tiempo estarán listos Bob y Marión. ¿Quieres que te acompañe, Waldo? Por una semana puedo dejar que Sally regente el saloon. Ella es aún más comerciante que yo.

—Puedes acompañarme, si te parece. No me disgusta el que a mi lado vaya siempre una mujer bonita. Pero lleva armas, provisiones y todo lo necesario. Esto no va a ser un paseo.

La mujer se colgó suavemente de sus hombros, ciñéndole el cuello con el dogal de sus brazos.

—Waldo…

—¿Qué ocurre?

—¿Qué harás con esos hombres cuando los encuentres en el desierto?

—¿Qué haré? Una pregunta necia, preciosidad. Los muertos no hablan, no se quejan y no son nunca un estorbo. Voy a dejar unos cuantos cadáveres en el desierto. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre como yo, que siente ganas de llorar cuando, ve pasar hambre a los buitres?

* * *

Waldo Nosa era uno de los enemigos insospechados que tenían

Forbes y los suyos. Pero había otro enemigo más y éste sí que no podían imaginarlo.

Larry Topeka, cuando a la mañana siguiente levantó el pequeño campamento, dijo a Lena:

—Puedes lavarte en el riachuelo que hay a tu izquierda. No te molestaré. Yo iré a arreglarme un poco más allá, al torrente. Dentro de media hora tenemos que reunirnos aquí.

—¿No tienes miedo de que me escape? —preguntó Lena, con voz palpitante de desprecio.

—Si lo haces, tanto peor para ti. No llegarás jamás la encontrarte con Lambert, el que mató a Hallaran…, porque yo te clavaré una bala entre las cejas.

Se alejó, sin preocuparse de la expresión despectiva de la muchacha, y media hora más tarde estaba ya limpio y aseado y preparando el desayuno en una pequeña fogata.

—¿Cuándo vamos a marcharnos? —preguntó Lena, quien apareció poco después con el cabello ordenado y un color más sonrosado en el rostro.

—No te sientes a gusto en Dallas, ¿eh?

—No me sentiré a gusto en ninguna parte hasta que os haya matado a les tres.

—Si tu impaciencia es debida a eso, saldremos al anochecer. Iremos siempre a medio día de camino detrás de ellos.

En silencio, desayunaron y recogieron sus utensilios para colocarlos en la bolsa que iba colgada de la silla. Larry ayudó a montar a Lena, quien hacía un brusco movimiento cada vez que él involuntariamente la rozaba, y emprendieron juntos el regreso a Dallas.

Durante la mañana, y hasta que se reunieron para almorzar, Larry tiene a la muchacha instalada en el mejor hotel de la población. El se dedicó a buscar provisiones y un buen caballo para Lena, pero no solamente hizo eso. Fue también a la oficina de Telégrafos de la población y puso un largo telegrama sin sentido que iba destinado a determinado personaje de Washington. Ese telegrama, que estaba en clave, fue un verdadero galimatías para el empleado que lo transmitió, pero el personaje al cual iba destinado debía entenderlo perfectamente.

En él explicaba Larry Topeka a sus superiores del gobierno

federal todo cuanto había averiguado sobre el audaz plan de Forbes, y las etapas por las que aún había de pasar antes de que el oro que guardaban los sudistas de Alamillo fuese a su poder. Y pedía instrucciones para seguir con el plan acordado.

Al mediodía, cuando ya Forbes estaba en la llanura, camino de Alamillo, y cuando ya Waldo Nosa, siete pistoleros y una mujer habían ido tras sus huellas, Larry se reunió con Lena en el comedor del hotel y le rogó que eligiera ella misma el almuerzo.

—¿Buen apetito? —sonrió.

—¿Eres tan canalla o tan necio que esperas que aún tenga ganas de vivir?

—No te tomes las cosas así, muchacha. A mí también me liquidarán algún día, como liquidaron a Halloran. Te aconsejo que comas bien ahora porque no sé cuándo volverás a sentarte a una mesa. Partimos al anochecer, rumbo al Sur. Ya tengo las provisiones, las armas y los caballos preparados. Y no descansaremos en casi toda la noche.

Lena se mordió los labios y no contestó.

Pero seguramente hubiese contestado de saber que Larry aguardaba respuesta al telegrama puesto aquella mañana.

La respuesta llegó al anochecer, poco antes de que partieran. El texto, que hubiera resultado absurdo e indescifrable para cualquiera, le pareció a Larry extraordinariamente claro. Consistía, en realidad, en unas pocas y tajantes palabras:

> «Acorrálelos en el desierto y acabe con ellos.
> »No tenga piedad».

CAPÍTULO VIII

CABALGADA HACIA LA MUERTE

Al salir de Dallas, nimbo al Sur, Larry siguió exactamente el mismo camino que había seguido Forbes aquella misma mañana. Pasó, pues, por un lugar donde había unas cuantas docenas de tiendas de campaña, y vio a una pobre muchacha que ayudada por unas muletas, hacía esfuerzos desesperados para acostumbrarse a andar sobre sus piernas paralíticas.

Larry le dirigió una mirada extrañamente intensa, una mirada donde latía el dolor, y luego volvió la cabeza tratando de no verla. Pero ya la imagen de aquella muchacha estaba como clavada en sus ojos, y supo que le perseguiría como una obsesión en su interminable galopada a través del desierto.

Sin cambiar una sola palabra con Lena, siguieron siempre en dirección Sur, hasta que después de medianoche se detuvieron y levantaron el pequeño campamento para descansar hasta el alba.

A la luz del nuevo día no le fue difícil a Larry descubrir las huellas de les hombres que le precedían, pero en esas huellas advirtió en seguida algo extraño.

Varias horas antes habían pasado por allí cuatro hombres que cabalgaban juntos y siguiendo una dirección bien determinada. Pero poco más tarde, y por el mismo sitio, habían pasado nueve jinetes más, los cuales no avanzaban, en gruño, sino diseminados, como cuando una patrulla de Caballería explora una zona extensa.

Larry, con una mueca de preocupación, intentó encontrar algún detalle peculiar en las huellas, pero salvo la certidumbre de que los dos grupos seguían la misma dirección, no llegó a conclusiones de

ninguna otra clase.

Lena, mientras preparaba su caballo, le miraba burlonamente.

—¿Qué buscas? ¿Petróleo?

—Alguien ha pasado por aquí, además de nuestros amigos. Yo diría que les siguen.

—Puede que sean los fantasmas de los hombres a los que han asesinado. No me extrañaría.

—¿Aún tienes ganas de bromear, Lena?

—Yo siempre hablo en serio, cariño. Siempre. Y sobre todo, cuando digo que os mataré a los tres.

—Está bien. Si nos desviamos para pasar por alguna población, ya encargaré el ataúd.

—Y los ataúdes de tus amigos, Larry. No lo olvides.

Montaron, cada uno en su caballo, y continuaron al trote largo tras las huellas claramente marcadas en el camino. Cada vez se daba cuenta Larry con más claridad, de que no había sufrido ningún error de apreciación, y de que el grupo numeroso, de nueve jinetes, seguía al grupo pequeño, de cuatro.

En vista de ello, resolvió acortar la distancia que les separaba de Forbes y sus compañeros, y a la hora del almuerzo apenas se detuvieron treinta minutos para freír tocino y tomar café. Lena, que veía una expresión inquieta en los ojos del hombre, sentía una sorda satisfacción al pensar que pronto Larry y sus amigos iban a encontrarse cara a cara con la muerte.

Sin embargo, nada sucedió.

Larry forzaba la marcha y se encontraba a cada nueva hora con la sorpresa de que Forbes había forzado también. Al parecer, la distancia no se aminoraba, y siempre las huellas de nueve jinetes iban tras el rastro de las huellas de los cuatro.

Lena, que no había despegado apenas los labios en toda la ruta, preguntó al fin, cuando por la noche instalaron el campamento:

—¿Tienes miedo, Larry?

—¿Miedo? ¿Por qué?

—¡Oh, por nada! Ya sé que tú eres un superhombre. Pero parece como si te inquietaran mucho esas huellas.

—No me las explico. Eso es todo lo que ocurre.

—¿Es que la gente no puede viajar por donde le dé la gana? ¿Qué tiene que ver que a nueve jinetes les haya dado por pasar por

aquí? No tiene ninguna importancia.

—No la tenía al principio, pero ahora sí. Esta ruta no conduce a ninguna parte.

—¿Quieres decir, entonces, que hay nueve jinetes siguiendo las huellas de tus amigos?

—Más o menos…

Larry apenas durmió aquella noche, pero no fue por el peligro que presentía a su alrededor, y que se palpaba en el aire, sino por la presencia de Lena. Había algo en la muchacha que le obsesionaba y que llenaba su cerebro de mil extraños e inconfesados pensamientos. El, que nunca había amado a ninguna mujer, que había sido creado para la violencia, se daba ahora cuenta ele que en la vida puede haber cosas más hermosas que ganar una guerra, terminar con éxito una misión o vencer en un desafío. Advertía de repente que besar los labios de aquella mujer podía ser más hermoso y más importante que todo. Pero luchó contra esta idea con todas sus fuerzas porque él estaba allí para hacer funcionar su revólver, no para otra cosa.

Al amanecer levantaron el campamento, montaron de nuevo sobre sus caballos y emprendieron el trote siempre en dirección Sur. Pero no hacía falta fijarse demasiado en la ruta, porque las huellas ya les iban señalando el camino. Nueve hombres detrás de cuatro.

Encontraron, además, las señales de recientes campamentos: resto de fogatas, latas vacías, botellas… Junto a uno de esos campamentos vieron también huellas de pisadas humanas, y por la forma de algunas se dieron cuenta de que en el grupo de nueve jinetes iba también una mujer.

—Debe ser una digna compañera tuya —susurró Lena Sanders —. Una hiena…

Larry no contestó. Tenía verdaderos deseos de alcanzar a Forbes, y se extrañaba de no haberlo ya conseguido. Probablemente, Forbes reventaba a los caballos, exponiéndose a que uno se le quedara por el camino. Larry sabía que en el desierto no se pueden gastar esta clase de bromas, porque cansar en exceso a un caballo en un terreno solitario, es una jugada a cara o cruz. Si el caballo resiste se llega antes. Si no resiste no se llega nunca. Pero, aun así, Larry habría intentado forzar aún más la marcha de no ir con una mujer a la que no quería, castigar demasiado.

Se adentraron sin novedad per un pequeño, cañón rocoso, y al salir de él se encontraron con la zona más desértica, más pelada y salvaje de Texas. Una llanura sin límites, sin vegetación y sin agua, se extendía por toda la zona que los ojos podían abarcar. Apenas unas cuantas plantas del desierto crecían allí. Pero las huellas de los caballos seguían extendiéndose por el terreno árido, hacia la lejanía.

Larry Topeka apretó los labios y puso su caballo a galope.

* * *

Forbes, Lambert y los dos oficiales señalados por Bikanian habían cubierto, entretanto, sin novedad, la primera parte de su viaje, y en estos momentos estaban frente a la pequeña misión de piedra donde ahora se hallaban acuartelados los sudistas, y que desde antiguo se conocían con el nombre de Alamillo.

Forbes examinó con un catalejo el pequeño edificio de piedra y luego dijo a los oficiales:

—Más vale que se queden ustedes aquí. Si los centinelas los ven, despertarán su desconfianza.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo va a necesitar, coronel?

—No lo sé. Pero probablemente, todo el resto de la mañana, hasta mediodía.

—Perfectamente. Aguardaremos en este mismo Sitio, sin perder de vista el fuerte.

Forbes saludó, y él y Lambert emprendieron el galope hacia el pequeño edificio, el único lugar del mundo donde aún ondeaba la bandera del Sur. Lambert preguntó:

—¿No temes que nuestros caballos estén demasiado cansados para el regreso?

—Los dejaremos en Alamillo. He forzado las etapas porque siento desconfianza. No sé por qué, pero la siento. Luego viajaremos en las carretas.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Dar la vuelta por detrás del fuerte y tratar de desorientar a esos hombres?

—Sería inútil pretenderlo. Tienen catalejos y nos seguirían. Sus caballos siempre serán más veloces que las carretas. Volveremos junto a ellos y emprenderemos el regreso a Dallas, hasta el momento preciso en que nos encontremos con Larry Topeka.

—¿Y qué hará Larry Topeka?

—Cogerles desprevenidos. Seremos tres contra dos en ese momento, y ya sabes cómo actúa Larry. Aunque por descontado que no pienso matar a esos pobres muchachos. Bastará dejarles sin caballos y sin armas, con provisiones para diez o doce días. En ese tiempo podrán llegar a cualquier lugar habitado. Nosotros, entonces, seguiremos hacia Arizona. En Tucson hemos de reunirnos todos para el reparto del botín. Y desde allí… Bueno, entonces sólo faltará que alguien recoja a nuestras familias y las lleve al lugar que determinemos. Una vez hecho esto, habrá llegado el momento de separarnos.

—¿Crees que Tucson es un lugar lo bastante seguro?

—Allí no hay ley, y nadie nos perseguirá. La única dificultad consistirá en desde allí atravesar la frontera de México sin llamar demasiado la atención. Tendremos que ir armados hasta los dientes, e incluso contratar pistoleros, por si alguien nos ataca. Pero conozco el terreno de tal modo, que esa posibilidad es casi nula.

Lambert se mordió los labios, y de repente, preguntó:

—Oye, Forbes, fuimos un tiempo compañeros de armas y luego tú me buscaste para que te ayudara en este plan, pero hay algo que nunca he sabido. ¿Cómo te enteraste de la existencia de ese oro y del grupo sudista que lo guardaba? ¿Cómo llegaste a saber algo que ignoraba todo el mundo?

—Vagabundeando por el desierto se aprenden cosas, Lambert. Llegué varias veces hasta la frontera de México, deseando cruzarla, y siempre me arrepentí porque yo amo a este país. Incluso, cuando tenga el dinero seguro, volveré aquí. Pero en esas correrías, cierta noche encontré a un oficial sudista que estaba agonizando, víctima de las fiebres que había adquirido al beber agua pútrida. Me asombró tanto encontrar por allí a un combatiente del Sur, varios meses después de concluida la guerra, que le ayudé y estuve con él toda la noche, hasta que murió. Pero antes de expirar me confió su misión, que era encontrar un buen paso en la frontera para llevar a México las carretas de oro que les sudistas tenían en Alamillo. Por su diario me pude enterar de que el coronel Gaylor y varios oficiales saldrían para ponerse en contacto con el mando nordista, en Dallas, si él no volvía y que previamente escribirían una carta. Como él no volvió, puesto que yo mismo le di sepultura, imaginé entonces este

plan. Iba a ser el robo más audaz y al mismo tiempo, el más sencillo de la historia de Texas. Si lo calculaba todo bien, me pondrían en las manos una fortuna incalculable. Fue entonces cuando os busqué a vosotros a toda prisa y escribí urgentemente a Larry Topeka, un pistolero al que había oído nombrar repetidas veces. Afortunadamente, la proyectada salida del coronel Gaylor se dilató lo bastante para que yo tuviera tiempo de todo eso.

Llegaban ya a las puertas de Alamillo. Forbes, que había tenido la precaución de arrojar disimuladamente en el camino, a una de las hogueras encendidas por la noche, la documentación de Gaylor y sus oficiales, tenía, en cambio, la que le acreditaba como comandante de la Caballería del Sur. Y aunque esos documentos no llevaban fotografías, alguna ni señal segura de identificación, se les concedía normalmente el crédito suficiente para que todo marchara sin un fallo.

Un centinela con el uniforme destrozado los amenazó desde la puerta. Forbes y Lambert desmontaron calmosamente, se aproximaron al soldado y tendieron sus documentos. El único fallo consistía en que Forbes llevaba en su uniforme insignias de coronel y no de comandante, pero también el centinela, que debía ser un simple soldado, llevaba insignias de capitán. Se había llegado a un momento en que todo el mundo se vestía con lo que tenía más a mano.

Toda la pequeña guarnición estaba mirándoles, porque la llegada de aquellos desconocidos significaba un acontecimiento trascendental en aquella posición del diablo. Forbes, quien sabía de sobra que el coronel Gaylor no estaba allí, preguntó por el oficial que le substituyese.

Su conocimiento de todas las circunstancias, su aplomo y sangre fría, sus documentos, y, sobre todo, la carta del mando nordista, convencieron plenamente a unos hombres que estaban deseando ser convencidos. La explicación de que Gaylor y sus oficiales habían quedado como rehén en poder de los nordistas, hasta que se entregase el oro, pareció a todos no sólo verosímil, sino incluso lógica.

La parte más difícil de «la gran jugada» estaba a punto de realizarse.

El funcionario civil de la extinguida Confederación, quien tenía

a su cargo el oro, hizo unas cuantas preguntas para tranquilizar su conciencia, y luego dio su conformidad a todo. El, en realidad, estaba deseando salir de allí fuese como fuese, y terminar de una vez con aquella situación insostenible. La única condición que impuso fue hacer entrega él personalmente del contenido de los carromatos, puesto que no quería delegar eso en ninguna otra persona. Forbes dijo que, como oficiales designados por el coronel Gaylor, podían hacerse cargo ellos mismos de esa misión, pero al fin tuvo que acceder para no despertar sospechas. Un hombre más tendría que ser inutilizado, junto con los dos oficiales nordistas. Pero éste era viejo y no parecía demasiado peligroso.

—¿No hay peligro de que sean asaltados antes de llegar al sitio donde esperan las tropas nordistas, comandante?

—Ninguno. Ese lugar está apenas a cuarenta millas de aquí. Nosotros vamos armados, y dos oficiales nordistas nos protegen. Además, ¿quién diablos se acerca por este desierto?

—Eso es verdad. Nadie ha pasado por aquí en un año, salvo unos cuantos mexicanos que viajaban aisladamente.

—No hay ninguna clase de peligro. Lo único que deben hacer ahora es conservar la disciplina entre la tropa y preparar sus enseres. Mañana estarán aquí los escuadrones de Caballería del Norte, quienes rendirán honores militares a la guarnición. Acto seguido, los combatientes del Sur, podrán licenciarse.

Sólo fue necesaria una hora más para que Forbes firmara el inventario y la entrega de una fabulosa fortuna, empleando su nombre y apellidos, sin ningún disimulo, y saliera de la hasta entonces inexpugnable posición de Alamillo conduciendo dos carretas cuyas ruedas se hundían en el suelo, a causa del oro contenido en ellas.

Forbes, que nunca había robado ni el plomo de una bala, sentía que le hacía daño el corazón. Una mano le estrujaba sordamente el pecho, cada vez que pensaba que aquél era el robo más audaz de la historia de Texas.

La misma sencillez del plan, que presentaba pocos puntos oscuros, el aislamiento de aquella posición sudista y el deseo que tenían los soldados de salir de allí abandonando aquel oro maldito que los ligaba a un pedazo de tierra donde poco a poco irían muriendo todos, habían hecho posible el que dos hombres fuesen

ahora dueños de un tesoro que todavía no había soñado reunir nadie en el riquísimo estado de Texas.

Lambert, que conducía la otra carretera, también estaba lívido, no queriendo creer que todo aquello pudiera ser realidad. A cada momento miraba el pequeño fortín, creyendo que una patrulla iba a salir a perseguirles. Pero en lugar de eso, cada vez que miraba hacia atrás, veía las manos de oficiales y soldados que se movían para decirles adiós nerviosamente.

Cuando llegaron junto a los dos oficiales nordistas, tenían la mirada nublada a causa de tanto contener un impulso febril que les ordenaba no pensarlo más y poner sus carretas a galope.

El funcionario que iba en uno de los carros fue presentado a los oficiales, quienes le saludaron militarmente.

—Vamos a reanudar el camino —dijo Forbes, en un alarde de serenidad—, pero primero tendrán que hacer una cosa, señores.

—¿Qué?

—Entregarme sus armas.

Uno de los oficiales lanzó en voz baja una maldición.

—Pero ¿qué dice?

—Es absolutamente preciso. No intento humillarles, sino que pretendo tener una garantía. Dense cuenta da que he sido delegado para hacer llegar este oro a manos del general Bikanian. No quiero que ninguno de ustedes, a los que no conozco bien, sienta tentaciones. Naturalmente las armas les serán devueltas en el caso de que seamos atacados.

—Los dos oficiales gruñeron un poco, se consultaron con los ojos y al fin optaron por acceder, conservando solo sus sables como símbolo de su dignidad. Forbes les dio las gracias y reemprendieron el camino hacia el norte, a la máxima velocidad posible.

Tras medio día de marchar, cuando sobre el desierto empezaban a extenderse las primeras sombras del crepúsculo. Forbes musitó al oído de Lambert, que se había trasladado junto a él:

—Ya teníamos que habernos encontrado con Larry Topeka. ¿Qué puede haberle sucedido?

—No lo sé. Tal vez haya pensado que…

Lambert no pudo terminar, porque en aquel momento, sobre una pequeña loma que formaba el desierto, aparecieron nueve jinetes armados.

CAPÍTULO IX

EL PLOMO ES EL QUE MANDA

Larry contempló a la muchacha, que vacilaba sobre el lomo de su caballo dando los primeros síntomas de cansancio.

—¿Qué te ocurre? ¿No puedes continuar?

Ella le dirigió una llameante mirada de odio.

—Claro que puedo. Y cuando llegue el momento oportuno me sobrarán energías para clavarte una bala entre los ojos. Pero este maldito sol.

Aunque había llegado la hora del crepúsculo, la tierra aún seguía enviando un vaho caliente y espeso. El sol, durante toda la jornada, había apretado de firme y Larry mismo sentía a veces que se le nublaba la vista y vacilaban las rodillas con que apretaba al caballo.

Iba a proponer que descansaran antes esta noche cuando de repente se aguzaron todos sus sentidos.

—¿No oyes, Lena?

—No oigo nada. ¿Qué ocurre?

—Hacia el sur suenan disparos.

En efecto, el viento, que cambiaba de dirección con frecuencia, volvió a traer ahora el eco de lejanos estampidos. Larry murmuró:

—Ésos deben estar en un apuro. Quédate aquí, Lena, y no te muevas bajo ningún concepto. Yo voy a ver qué ocurre.

Puso su caballo a galope, pero notó que la muchacha le seguía. Una sonrisa irónica flotaba en sus labios.

—¿Ahora pides que me quede? —gritó ella—. ¿Ahora, cuándo voy a poder clavaros tranquilamente una bala entre los ojos?

* * *

Forbes, al ver los jinetes en lo alto de la loma, comprendió que aquello no era normal y que tenía que actuar sin vacilaciones.

No comprendía cómo, pero algo debía haber ocurrido en el plan, algún fallo tenía que haber habido para que ahora aquellos nueve jinetes aparecieran en un lugar tan desierto. Evidentemente, no estaban allí por casualidad sino que iban a plantearles batalla.

Forbes indicó a los oficiales:

—Tomen sus armas. Están en la parte posterior del segundo carromato. Vayan uno delante y otro detrás, cubriendo todo lo posible.

—¿No se precipita un poco? ¿Quién sabe si esos tipos son…?

Su pregunta fue cortada por un disparo. Los nueve jinetes se habían apostado tras una loma junto a la que necesariamente tendrían que pasar si iban a seguir la ruta más practicable hacia el norte. El oficial se pegó al lomo de su caballo, dando media vuelta para buscar las armas, y Forbes aprovechó la ocasión para gritar:

—¡No podemos pasar por ahí! ¡Doblo hacia el Oeste!

Comenzaba así su gran cabalgada hacia los lejanos farallones de Arizona, tras los que hallarían Tucson, la ciudad sin ley donde podrían considerarse a salvo junto con su fortuna.

Al mismo tiempo, desde el punto de vista militar, la orden no era desacertada, porque obligaba a los enemigos a abandonar sus posiciones y a perseguirles en campo abierto.

Las carretas giraron a poca velocidad, porque las ruedas se hundían a causa de su enorme peso. Los caballos, excesivamente cargados, empezaron a resollar. Por el otro lado de la loma, Forbes vio aparecer a los nueve jinetes.

La idea de que nunca más vería a su hija, y de que ésta moriría en Dallas sin que nadie la ayudase, se marcó entonces en su cráneo como una señal dejada por un hierro candente.

—¡Si matan a algún caballo nos detendremos! —gritó—. ¡Y recordad que habrá que juntar los carromatos!

No se equivocaba al adivinar cuáles serían las intenciones del enemigo. Los hombres blancos no eran tan estúpidos como los indios, amigos de grandes galopadas a cuerpo descubierto. Los hombres blancos son siempre más astutos y más malvados que los pieles, rojas. Las primeras balas del grupo perseguidores fueron

para los caballos, que se encabritaron asustados y arreciaren en su galope, sacando fuerzas de flaqueza.

Uno de los oficiales empezó a disparar rabiosamente, pero no alcanzó a nadie. En cambio, a él le alcanzó un proyectil de rifle en la cadera. Trató de sostenerse en la silla, haciendo un titánico esfuerzo, pero al final vaciló y cayó a tierra, mientras su caballo seguía galopando.

Waldo Nosa, que iba a la cabeza de los perseguidores, lo remató al pasar junto a él de un tiro en la cabeza.

Los perseguidores, montando caballos más ligeros, se acercaban rápidamente. Y los pesados percherones que tiraban de los carromatos eran un blanco demasiado fácil para que no ocurriera lo inevitable. Forbes lanzó una maldición al notar que uno de los animales delanteros se encabritaba, y al instante frenó con todas sus fuerzas para evitar que el carromato fuese volcado. Las ruedas se clavaron en tierra. El otro carromato, conducido por el funcionario, se pegó al costado, y el oficial que quedaba vivo saltó a su interior.

Dos carros quedaban aislados en la llanura, defendidos por cuatro hombres. Su suerte no era dudosa sí los atacantes sabían maniobrar, y desde luego, Waldo Nosa supo hacerlo.

A prudente distancia, hizo que sus perseguidores desmontaran y se pegaran al terreno, cribando con disparos de rifle aquellos dos carromatos que ya no podrían moverse.

Ahora sólo hacía falta tener un poco de paciencia, esperar a que la fruta se fuera volviendo madura. Ninguno de los que estaban en los carromatos saldrían con vida de allí.

Lenta y científicamente, Waldo fue repartiendo a sus tiradores, de modo que ni un solo ángulo quedase por batir. Los carros fueron acribillados materialmente a balazos, y sólo las cajas de oro sirvieron para proteger a los que los defendían. Bárbara Heston, que ya había olido la muerte, el mejor perfume del mundo para ella, musitó:

—¡Oh, Waldo! ¡Esto es maravilloso!

—Lo será más todavía cuando acribillemos a esos tipos y nos hagamos con el oro. Pero no te estés aquí porque podría alcanzarte alguna bala. Ocúltate en ese desnivel.

—Claro que sí, Waldo. Quiero vivir para hacerte muy feliz.

Se deslizó poco a poco hacia el desnivel señalado, mientras el

fragor de los disparos sonaba en sus oídos como una suave melodía. Al ponerse a cubierto aún susurró:

—¡Es maravilloso!

—Estoy de acuerdo, muchacha.

Bárbara Heston se volvió como si le hubiera picado un reptil, haciendo girar al mismo tiempo el revólver que aún conservaba en la derecha. La persona que estaba junto a ella le propinó un salvaje puntapié en las manos, haciéndole lanzar un aullido, y el revólver cayó.

Ninguno de los pistoleros de Waldo llegó a oír el gemido porque se lo impedía el fragor de los disparos. Y al ver al tipo que tenía a su lado, a Bárbara Heston ya no le quedaron ganas de gritar más.

El hombre que estaba junto a ella, medía, por lo menos, un metro ochenta y cinco de estatura, tenía las espaldas anchas como las de un gorila, y unos puños capaces de acabar con un enemigo de un solo golpe. Pero lo más terrible de él, eran sus ojos, unos ojos despiadados, donde Bárbara supo leer su propia sentencia de muerte.

—Quieta —susurró él—. Quieta y pasmada como se quedan los hombres cuando te ven, cariño.

Le propinó un golpe en la nuca y la dejó sin sentido. Sólo hizo eso, aun cuando Bárbara merecía bastante más. Luego amartilló calmosamente sus dos revólveres y escogió las víctimas.

Tres hombres estaban ante él, de espaldas, cribando con sus rifles el carromato. Larry, quien nunca había matado a nadie que no le estuviese mirando, hizo:

—¡Chist!

Los tres hombres se volvieron a un tiempo. Uno de ellos lanzó una maldición y volvió el rifle hacia el desconocido enemigo. Con ello se designó a sí mismo como el primero que tenía que morir. Larry le atravesó la cabeza de un balazo, y los otros dos pistoleros recibieron plomo en el corazón y en la cabeza, antes de tener tiempo ni siquiera para levanta sus rifles.

Larry, con su propio cinturón, aló a la espalda las manos de la desvanecida Bárbara. No quería sorpresas. Luego salió del desnivel y avanzó agazapado en dirección a los carromatos.

Waldo Nosa se dio cuenta inmediatamente de que los hombres que había situado en uno de los flancos no disparaban ya.

Haciendo oscilar suavemente su rifle, vigiló. Vio una silueta que corría agazapada en dirección a los carromatos e hizo fuego. Larry movía en aquel momento el brazo izquierdo y recibió el plomo en él. De lo contrario, la bala le habría atravesado el corazón.

Cayó a tierra y tuvo que soltar uno de sus revólveres. Quiso recuperarlo, pero los dedos se le habían agarrotado y no podían extender el brazo. Lanzó una sorda imprecación, al tiempo que Waldo disparaba otra vez. La bala picoteó en la tierra, a su lado, y él tuvo que empezar a dar vueltas sobre sí mismo para esquivar los próximos disparos. ¡Si al menos desde los carromatos le hubieran cubierto con su fuego! Pero Forbes y los otros no se habían dado cuenta aún de aquella inesperada ayuda. Cubiertos tras las cajas de lingotes, apenas disparaban. Waldo tuvo entonces un instante de decisión y gritó:

—¡A él!

Los pistoleros surgieron de entre las sombras como fantasmas que hubiera engendrado el mismo desierto. Estaban tan cerca, que Larry sólo tuvo tiempo de disparar una vez clavando la bala en el pecho del más cercano. Dio una inesperada voltereta por encima de su cabeza, antes de que el enemigo cayera del todo, y las balas barrieron la zona que antes había ocupado, pero sin alcanzarle. Otra contorsión más y Larry se encontró junto a las ruedas de uno de los carromatos. Mientras apoyaba la espalda en los radios, hizo fuego al azar. Sus perseguidores dispararon también a ciegas, y las balas trazaron en la oscuridad sus líneas de muerte. En aquel momento, los de los carromatos reaccionaron, aunque ya demasiado tarde. Sus balas sólo obligaron a los pistoleros de Nosa a retroceder. Pero ya el plan de Larry, consistente en coger a los atacantes entre dos fuegos, había fallado.

Trabajosamente, porque sólo podía servirse de un brazo, logró subir a uno de los carromatos. Aprovechó para esto el momento en que los atacantes retrocedían, Forbes le miró con ansiedad.

—Todo está perdido, Larry.

—¿Perdido? ¡Han muerto cuatro asaltantes, y sólo quedan otros cuatro y una mujer! ¡Si me hubierais ayudado, malditos seáis cien veces!

Forbes, abrumado, bajó la cabeza.

—Ya no sé distinguir en la oscuridad de qué lado vienen los

disparos, Larry. Sólo nos hemos dado cuenta de que algo raro sucedía cuando ya estabais encima. Soy un pobre viejo, Larry, al que sólo le queda la astucia… cuando le dejan emplearla.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Tratar de huir hacia el Oeste. Hay un poblado a cuarenta millas de distancia.

—¿En la ruta de Arizona?

—Sí. En la ruta de Arizona.

Larry se mordió los labios, porque su misión era impedirlo. Pero también debía impedir que se apropiaran del oro los pistoleros de Waldo Nosa, a quien había reconocido cuando le atacaron poco antes.

—¿Dónde está Lena? —balbució Forbes.

—Ha quedado media milla detrás. No quería mezclarla en este tiroteo.

—Tú estás herido, ¿eh?

—Es sólo una caricia. Y ahora, Forbes, hay que salir de aquí. Yo desengancharé ese caballo muerto. Nos dirigiremos hacia el Noroeste.

Forbes no discutió la orden. Solamente dijo:

—No puedes salir. Sólo dispones de una mano.

—Es suficiente. Cubridme.

Larry saltó, mientras los sitiados disparaban con endiablada rapidez. Llegó junto al caballo muerto y empezó a desamarrarlo. Pero a pesar del fuego que partía de los carromatos, los de Waldo habrían acabado con él de no ser porque en aquel momento sucedió algo que no esperaban.

Una mujer montada a caballo había tratado de acercarse a los carromatos, y el animal fue abatido de un tiro en la cabeza. Lena, que era esa mujer, cayó al suelo trompicada.

Quizá en su pensamiento no había estado acercarse tanto a los sitiados, pero quería convencerse de que morían. Al ver muerto a su caballo y divisar varias figuras que se acercaban velozmente, comprendió que era ella la que iba a morir.

No llevaba armas. Desesperadamente trató de arrojar tierra a la cara de sus enemigos, pero éstos cayeron sobre ella y la atenazaron brutalmente. El solo espectáculo de su hermosura hizo brillar los ojos de los hombres. Lena hizo esfuerzos para desasirse y uno la

besó, arrojándola a tierra.

Los del carromato no se atrevían a disparar al darse cuenta de que Lena estaba en aquel confuso grupo, y de que podían matarla. Waldo y sus hombres empezaron a arrastrarla hacia un declive. Eligieron el mismo donde Bárbara Heston se hallaba atada con la correa de Larry.

—¡Mil diablos! —Gruñó Waldo—. ¡Atadla a ella con esa correa!

Los pistoleros liberaron a Bárbara, cuyos ojos llameaban de odio.

—¿Para qué quieres a esta mujer? ¿Qué piensas ha…?

—Celosa, ¿eh, cariño?

Waldo Nosa le descerrajó una bala bajo el cuello, matándola en el acto. Lena ahogó un alarido de horror. Luego, el pistolero dijo:

—Me estaba cansando ya de ella. Es una inútil que se ha dejado sorprender y que encima quería entrar en el reparto del tesoro. Una menos.

Hizo una seña a los tres pistoleros que le quedaban vivos.

—Yo soy muy tranquilo, ¿sabéis? Muy tranquilo. Seguid hostigando a los carromatos con fuego espaciado mientras yo charlo amigablemente con esta maravilla.

Se sentó junto a Lena, que se debatía desesperadaˆ mente. Sus hombres le dirigieron miradas de envidia.

—Eso vale más que el oro, jefe.

—¡Largaos de aquí! ¡Y seguid hostigando a los carromatos sin exponeros demasiado!

Los pistoleros se retiraron gruñendo. Pero alguien había visto la escena.

Larry Topeka… Larry, quien después de desenganchar el caballo muerto, se dirigía vacilando hacia el grupo de pistoleros.

Sabía que iba a morir, sabía que no cumpliría su misión y que el oro iría seguramente a parar a manos de aquellos forajidos. Y si Larry hubiera tenido en este momento, serenidad suficiente para pensar, se habría asombrado de que él pudiera arriesgar tanto por una mujer. Pero era algo que no podía evitar, algo que estaba en su sangre. Con los dientes apretados, las facciones contraídas en una mueca de fría decisión, llegó junto a los pistoleros.

—Muy bien, amigos.

Los hombres tenían los revólveres en las manos y los usaron sin vacilar. Casi les dio risa ver que un hombre les atacaba a pecho

descubierto, avisándoles, con el revólver sin levantar todavía. Pero cuando aquellas llamas anaranjadas, violáceas, rojas, empezaron a brotar ante sus ojos, la risa murió en sus labios. No tenían delante a un hombre, sino a un demonio. Con una fría decisión impresa en el rostro, con el deseo salvaje de morir matando, Larry hacía fuego sobre ellos, esperando la bala que había de atravesarle el cráneo. Pero nunca había disparado con tanta rapidez, con tanta saña como ahora. Los tres hombres cayeron abatidos ante él, igual que peleles, sin haber hecho un solo disparo. Las rodillas de Larry se doblaron, mientras veía ante sus ojos el rostro desencajado de Waldo Nosa. Pero en aquel momento, desde el carromato, Lambert gritó:

—¡Larry! ¡Esto es una locura! ¡Larry!

El disparo de Waldo se dirigió hacia aquel nuevo enemigo, que preparaba ya su rifle. Lambert, con una espantosa herida en el pecho, cayó desde el carromato a tierra. Y Waldo fue a disparar en aquel momento otra vez, ahora contra Larry, pero Lena le dio un empujón con las piernas y le hizo rodar por tierra. La bala salió alta. Larry, que iba a hacer fuego nuevamente, sintió que fallaban sus fuerzas. Apretó al fin el gatillo y la bala salió desviada, mientras Waldo Nosa daba un ágil salto y se perdía entre las sombras.

Lena se puso en pie, y con las manos atadas a la espalda, corrió hacia el joven.

—No sé qué pensabas, Larry. Tenían que haberte matado cien veces. ¿Estás loco?

—Tal vez lo esté —susurró él—, pero por algo que tú no imaginas.

Ella se mordió los labios y se volvió de espaldas para que él la desatara. Con una sola mano, Larry la liberó de la correa. Luego echaron a andar los dos hacía los carromatos. En las inmediaciones de éstos había ocho muertos, y más atrás otro, el oficial que había caído primero.

Forbes había subido a Lambert a uno de los carromatos, e intentaba taponar, aunque inútilmente la herida. Junto a ellos, muerto, estaba el funcionario_ civil de la Confederación que hasta entonces había tenido a su cargo la custodia del oro. Una bala de rifle disparada por los hombres de Nosa, le había atravesado el cráneo. En cuanto a Lambert, sus ojos vidriosos y opacos indicaban que iba a morir.

Miraba a Forbes de un modo obsesionante.

—Júrame… —susurró— que cuidarás a mi pequeña… Tiene… menos de un año, Forbes… Júramelo…

—Te lo juro, Lambert.

Lambert fue a decir algo más, pero en este momento, una bocanada de sangre cortó sus palabras. Sus labios se torcieron, elevó desesperadamente las manos y las dejó caer con su último suspiro. Forbes le cerró los ojos. Bajo sus párpados de viejo soldado, habían aparecido unas lágrimas.

—Este oro está maldito —susurró—. ¡Maldito mil veces!

—Celebro que lo reconozcas, Forbes —susurró Larry—, porque no vas a llevártelo.

Forbes elevó los ojos y se vio encañonado por la negra boca de un revólver.

—¿Qué significa esto? —susurró—. ¿Tú quieres llevártelo todo?

—No quiero llevarme nada, Forbes. El tío Sam será el que se lo quede.

Con gran trabajo, valiéndose del brazo herido, extrajo de uno de sus bolsillos la placa que le acreditaba como agente del Gobierno. Forbes, el oficial del Norte, y la muchacha, habían quedado blancos como el papel. Larry musitó:

—El gobierno de los Estados Unidos me envió al Sur para que actuase contra las bandas de pistoleros que lo asolaban. Mi personalidad fue la de un pistolero más, pues ése era el único medio de actuación que tenía. ¡Y de repente, tú, Forbes, deslumbrado por mi fama de buen tirador, me hiciste llamar diciéndome que preparabas uno de los golpes más sensacionales de la Historia! Fue tu principal error, amigo. Fue como poner al perro tras su presa. Naturalmente, el Gobierno Federal me envió para que averiguase lo que había tras tu «golpe mayor de la Historia», y lo que hay es tan importante que compensa tocios los esfuerzos Lo lamento, Forbes, pero has perdido la jugada. Ahora tendrás que responder ante un tribunal militar.

Forbes abatió los hombros, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, y de repente apareció como si se hubiera transformado en un viejo de setenta años.

—Todo para esto… —susurró, mirando el cadáver de Lambert—. Para esto…

—No te pongas sentimental Forbes —recomendó Larry—. Peor habría sido si te llegan a cazar los pistoleros de Waldo Nosa.

—Peor no, Larry. Peor, nunca. De haber muerto ahora, mi hija nunca habría llegado a avergonzarse de mí como tendrá que avergonzarse mañana. Porque yo, aunque sea un perro, también tengo una hija, Larry. Una hija paralítica…

El recuerdo de la muchacha a la que viera con las muletas en el campamento, atravesó de repente, como un alfiler al rojo, el cráneo de Larry Topeka.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre, pero no soltó el revólver.

—Vamos —susurró—. Usted, teniente, conducirá el carro. El otro lo ataremos a continuación de éste. Los cadáveres tendremos que dejarlos aquí, puesto que no hay otro remedio. Y tú, Forbes, por el camino me explicarás tus interesantes proyectos.

Mientras el oficial cumplía las órdenes, Forbes hundió la barbilla sobre el pecho y explicó cómo se le había ocurrido el plan, cómo pudieron cortar a tiempo el viaje de los oficiales sudistas y cómo éstos estaban ahora en un lugar de la llanura, sin haber sufrido daño alguno. Explicó también, mientras los carromatos se ponían pesadamente en marcha, que Lambert tenía una hijita de corta edad y Grey, el que había quedado guardando a los prisioneros, una mujer enferma. Pero no dijo esto para excitar su compasión, sino que habló con indiferencia, casi con desdén, como si se refiriera a unos desconocidos.

Larry, con el brazo herido doblado sobre su pecho, le escuchaba con los ojos entrecerrados. Nadie podía adivinar la tempestad de pensamientos que ahora rugía en su cerebro. Nadie, excepto Lena, que le miraba con los labios doblados en una mueca de angustia.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Forbes.

—Debería llevaros rectamente hacia el lugar donde aguarda Bikanian con los escuadrones de Caballería. Pero Waldo Nosa sigue vivo, y de continuar por el desierto, tal vez no alcanzaríamos nunca ese punto. Daremos la vuelta por el noroeste, por la población de Tubalea, donde tal vez pueda conseguir refuerzos y un médico.

Forbes nada dijo. Sabía que aquello era el fin, y que pronto colgaría de una cuerda. Pero nada le importaba mientras no llegara a saberlo su hija.

Pesadamente, los carromatos se alejaron de la zona desértica, donde únicamente los cadáveres quedaban como mudos testigos del «mayor golpe de la Historia».

CAPÍTULO X

LA RUTA FINAL

Durante veinticuatro horas interminables, obsesionantes, angustiosas, los dos carromatos trazaron sin obstáculos un gran círculo que había de llevarlos a Tubalea, y desde allí al punto donde aguardaban Bikanian, sus escuadrones de Caballería… y una horca.

Larry, con la bala incrustada en el brazo, devorado por la fiebre, no vaciló, sin embargo, un solo momento, y con el revólver en la derecha, siguió ejerciendo sobre Forbes una férrea vigilancia. Pero Forbes no ofrecía ya peligro, porque se había convertido en un viejo derrotado, hundido, incapaz de dar un solo paso en contra de su destino.

—Al menos, que Grey se salve… —musitó solamente.

—Es difícil, amigo. De todos modos, influiré para que seáis juzgados con toda legalidad dijo Larry.

—La legalidad de las leyes militares es en estos momentos muy relativa, ya que el país se encuentra en desorden. Pero ¿qué importa ya, si nuestro destino está completamente trazado?

Larry no dijo nada en contestación a estas palabras. La fiebre le devoraba y apenas podía sostener el revólver en la mano derecha. Como en sueños, a través de una rara neblina, creía ver el rostro de Lena, cuyos ojos le contemplaban fijamente. Pero aquella imagen pronto se diluía, y otra vez volvía a tener la sensación de una absoluta soledad. Todo parecía hacerse inconcreto a su alrededor, excepto el contacto del revólver en su mano derecha.

Por la noche llegaron a la vista de Tubalea.

—¿Pedirás aquí refuerzos, Larry? —preguntó Forbes, con voz

vacilante.

—Si puedo encontrarlos, sí.

Pero al acercarse a la población, observaron en ella algo extraño, No había apenas luces, ni animación, ni señales de vida. Era como si la población entera de Tubalea hubiera desaparecido. Y así era, en efecto, como instantes después comprendió Larry. Tubalea era uno de esos poblados provisionales que se establecieron en zonas que se creían ricas en yacimientos petrolíferos o mineros, y que luego fueron abandonados en masa al advertir sus pobladores que allí no había nada que ganar. Cuando los carromatos se acercaron a la población, ésta acababa de sufrir uno de esos éxodos. Larry comprendió que se acercaban prácticamente a un cementerio. Pidió el catalejo al oficial, examinó lo que había en la zona a la cual se acercaban, y al fin susurró:

—Waldo Nosa, está allí.

—¿Qué dice?

—Ha imaginado que haríamos esta ruta para no atravesar todo el desierto, puesto que llevamos heridos. Se encuentra a la entrada de la población junto con otros dos jinetes, sin duda, los pistoleros contratados en la misma ciudad. No podremos escapar.

—Yo no manejo mal el rifle —masculló Forbes—. Si me das un arma, ese perro que ha matado a Lambert no se saldrá con la suya.

—Te dejaré que cojas un arma, Forbes —sonrió Larry, tristemente—, pero tú no lucharás. Seré yo quien vaya al encuentro de esos bandidos.

—¿Qué dices?

—Son más rápidos que nosotros, y si nos defendemos desde los carromatos nos vencerán. En necesario que alguien los ataque a pie. Y ese alguien voy a ser yo, Forbes.

—Pero ¿te das cuenta de lo que dices? Si tengo un rifle puedo huir. El único enemigo que tengo es ese oficial, que debe ocuparse de las riendas…

—Tengo una misión que cumplir —susurró Larry—, y si esos hombres siguen vivos, yo no la cumpliré. O ellos o yo. Haz lo que tu conciencia te dicte, Forbes.

—Pero ¿te das cuenta? ¡Te matarán! ¿Y qué quieres que me diga mi conciencia entonces, sino salir arreando con el oro?

—Aun así, lo dejo a tu elección, Forbes. No tengo otra salida.

Vosotros seguid avanzando muy poco a poco y como si no los hubierais visto.

Comprobó que su revólver tenía la carga completa y saltó a tierra. Sus piernas vacilaban. Una mano intentó sujetarle para que no se alejara.

La mano de Lena Sanders.

Larry supo leer en sus ojos algo muy extraño, desconocido algo que aquellos ojos quizá no habían tenido jamás. Pero sonrió tristemente y se desasió con suavidad de la muchacha.

—Quizá hasta nunca, Lena. Deseo que seas muy feliz, porque en el fondo lo mereces.

Echó a andar, dando un rodeo para entrar en la población por la parte trasera de las casas. Pero los carromatos iban tan despacio que aun así llegaría antes él. Las rodillas le fallaban y sentía en el cráneo los martillazos de la fiebre. Con los dientes apretados y la sangre agolpándose en sus ojos, Larry se despidió de cuantos recuerdos hermosos pudiera haber en su vida. Y notó entonces que todos sus recuerdos hermosos se reducían a la presencia de Lena.

Dejó caer el revólver en la funda derecha. Había seis balas en él, seis saludos de muerte para el que se pusiera delante. Pero Larry sabía que no llegaría a dispararlos. Entró en la ciudad, que estaba hosca y silenciosa como un cementerio, y vio de espaldas a los tres jinetes. A lo lejos, como unas manchas blancas, se distinguían los dos carromatos. Larry podía disparar contra la espalda de sus enemigos, pero se dijo que un hombre no podía perder el honor hasta este extremo miserable. Iba a morir luchando cara a cara, como había luchado siempre. Y aquella ciudad abandonada, aquella ciudad hostil, sería su cementerio.

Gritó:

—¡Quieto, Waldo!

Sabía de sobra lo que iba a suceder. Sabía que Waldo no iba a estarse quieto, aunque se lo ordenara una patrulla de fusileros. Lo vio contorsionarse, saltar del caballo y disparar como un loco. La bala salió alta. Sus dos pistoleros se volvieron también, haciendo fuego, mientras Larry movía frenéticamente su revólver, trabando una línea en abanico. Cuatro balas saltaron al aire, y las encontraron cabezas humanas en su camino. Ambos pistoleros, cuando cayeron a tierra, estaban ya muertos. Larry disparó otra vez,

fallando, y Waldo Nosa le alcanzó en el hombro, haciéndole doblarse.

Los dos hombres, de rodillas sobre la tierra ensangrentada, a unos veinte pasos, alzaron la cabeza a un tiempo. Sus dientes produjeron un doble chasquido alucinante, tenso. Ambos lanzaron sin querer un aullido gutural, como el de las fieras que se disponen a morir matando. Las balas se cruzaron como insectos asesinos, como picaduras mortales de una misma serpiente. La de Larry alcanzó su objetivo, y la de Waldo Nosa se perdió en el aire. Con el plomo clavado a la altura del corazón, Waldo disparó varias veces más, frenéticamente, sin ver que sus balas se clavaban inútilmente en tierra. Luego tuvo un espasmo, se encogió y quedó doblado en el suelo como un pelele, junto a sus dos compañeros muertos.

Larry, sin fuerzas para arrastrarse siquiera, contempló a los carromatos. Sabía que ahora Forbes se alejaría, abandonándolo allí. Forbes escogería su salvación, porque para él su vida valía más que la de un federal moribundo. Pero con sorpresa, con los ojos dilatados de asombro, Larry vio que los carromatos se acercaban, se acercaban… Quiso balbucir algo, cuando vio a Forbes acercarse a él y tenderle el rifle que no había empleado siquiera. Y una expresión de incredulidad flotaba aún sobre su rostro cuando perdió el sentido en brazos de Lena Sanders.

* * *

Un día más tarde, cuando Larry recobró el conocimiento, vio que se estaban aproximando a una zona desierta, donde aguardaba Bikanian con varios oficiales. Una patrulla de Caballería vigilaba en el horizonte.

—¿Te das cuenta, Forbes? —musitó—. ¿Por qué no has acabado conmigo?

—Al contrario; te ha arrancado las balas con un hierro candente —musitó Lena junto a él.

—Pero ¿estáis locos? ¿Os dais cuenta de lo que significa la presencia de esos jinetes?

—Nunca he estado tan cuerdo como ahora —musitó Forbes sin mirarle—. Tú nos has salvado la vida, y lo menos que puedo hacer es respetar la tuya. Además, este oro está ya lo bastante sucio para no desearlo. Es ahora cuando veo las cosas claras, Larry. Que sea lo

que Dios quiera.

Llegaron junto a Bikanian, y éste trepó al carromato que iba en cabeza. Sus ojos se dilataron al ver la escena.

—Pero ¿qué significa esto?

Larry pudo mostrar su credencial.

—Este hombre ha tenido que defender el oro heroicamente, general. De no ser por él, los forajidos que pululan por el desierto se lo habrían apropiado. Es… un valiente, general. Yo no he hecho más que ayudarle.

Forbes sonrió tristemente ante aquella declaración que le salvaba la vida.

—Nada de eso, general. Tengo que decirle toda la verdad. Le ruego que me conceda una audiencia en su tienda de campaña.

Larry fue a protestar, pero no pudo ni siquiera levantar la cabeza. Lena le puso suavemente un dedo en los labios.

—Tiene que obrar conforme a su conciencia. Es mejor así.

Forbes saltó del carromato, en compañía de Bikanian, y penetró con él en su tienda. Bikanian escuchó todo lo que quiso decirle. Le escuchó durante cerca de una hora, mientras un médico llegado desde los escuadrones de Caballería atendía a Larry. Luego, los dos hombres salieron, y el general hizo formar inmediatamente un piquete.

—De modo que ustedes pensaron apoderarse del oro sin disparar apenas un tiro, ¿no es así? Pensaron que no les era posible atacar la posición sudista, donde estaba bien guardado, y recurrieron a la astucia para apoderarse de él, ¿eh? Bien, ésta es mi respuesta.

Señaló el piquete. En ese momento, Lena, que sostenía la cabeza de Larry durante la cura, susurró:

—Mira…

Larry miró por un roto de la lona, apretó los dientes y lanzó una maldición, mientras se desasía de las manos del médico. Cubierto de sangre aún, saltó del carro, mientras Bikanian, dejando delante del piquete a Forbes, ordenaba:

—¡Fuego!

Larry gritó desesperadamente:

—¡Quietos!

Pero ya era demasiado tarde, porque los disparos habían sido hechos… al aire. Bikanian, que al formar el piquete había dado

instrucciones en voz baja al cabo, se echó a reír.

—¿Qué ocurre? ¿Es que uno no puede hacer disparar una salva en memoria de los muertos?

—¿Qué significa esto, general? —preguntó Forbes.

—Significa dos cosas, amigo: Que ustedes han conseguido la rendición de un grupo sudista sin disparar una sola bala, y que han entregado al Gobierno de los Estados Unidos una gran fortuna, salvándola con riesgo de su vida de caer en manos de los forajidos. Como general en jefe de esta zona, no sólo le dejo libre, Forbes, sino que le entregaré la parte que el Gobierno me había prometido si yo culminaba esta misión con éxito. Tendrán para comprar al menos dos ranchos. ¿Tiene algo que objetar el agente federal? —sonrió mirando a Larry.

Larry, con los labios entreabiertos por primera vez en una sonrisa de felicidad, notó que Lena se acercaba a él y le apretaba la mano todavía ensangrentada.

—Yo… Bueno, yo me retiro ahora mismo de esta profesión, diablos. No tengo nada que objetar. Me hago socio de Forbes, Lena, Grey y la hijita de Lambert en la compra de ese rancho.

Forbes se acercó a él y le tendió la mano. Por primera vez había lágrimas de verdad en sus ojos de viejo soldado. Y con más claridad que nunca, se daba cuenta de que en la vida, los caminos rectos son los únicos que llevan a alguna parte.

—Doy gracias a Dios por haberme arrepentido a tiempo —musitó.

—Y puedes darle gracias por el oro también…, ¡caramba! —musitó Larry—. Vale la pena arrepentirse, ¿no?

Los dos hombres y Lena rieron, teniendo en sus labios por primera vez una auténtica expresión de dicha, mientras Bikanian volvía la espalda y empezaba a dar órdenes para que sus jinetes fueran en busca de los oficiales sudistas, que ya debían estar libres, y buscaran también a Grey para darle la noticia.

Daba las órdenes con mal genio. Volvía a ser un general.

FIN



Hoy puede ser un gran día para usted

Si decide comenzar a prepararse para conseguir el éxito















SOLICITE INFORMACION HOY MISMO

SI, deseo recibir detallada información del Curso ____

Nombre ____ Edad ____

Dirección ____ N.º ____

Población ____ C.P. ____

Provincia ____

Si no desea romper la revista, escriba a
CEAC Aragón, 472 (Dpto. P – RX) 08013 Barcelona

CEAC

CENTRO DE ENSEÑANZA A DISTANCIA AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA
Aragón, 472 (Dpto. P – RX
08013 Barcelona



BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA